

CELCIT. Dramática Latinoamericana 220

ETERNO RETORNO

Luis Miguel González Cruz

PREMIO LOPE DE VEGA 1999

(What makes a man to wander?

What makes a man to roam?

And makes a man leave bed and board?

And turn his back on home.

Ride away... Ride away... Ride away.)

The Searchers - Stan Jones

en The Searchers, de Ford, Nugent, Hoch, Cooper, Wayne, Steiner y otros.

1

En medio de una total oscuridad se oye la voz gastada de un hombre, de edad indefinida, pero más cercano a la muerte que a la vida.

VOZ EN OFF:

Algunas veces, un peso viscoso y negro cae por mis sienes y me conduce hasta la oscuridad terrible del insomnio. La oscuridad y el insomnio son del mismo color y su sonido es el silencio, el receptor del horroroso goce del sueño.

PROYECCIÓN AUDIOVISUAL

Una imagen cobra forma lentamente aunque se mueve de una manera extraña, describiendo un efecto estroboscópico a la vez que la escasa luz hace que las formas parpadeen. El morro grasiento de un cerdo dormido resopla moscas al ritmo de su respiración.

Innumerables cochinitos maman ansiosamente de las tetillas de una inmensa cerda.

VOZ EN OFF:

Siempre es difícil recordar... Esas imágenes quemadas rasgan la pantalla de mi memoria de la misma manera que un rayo escribe su extraño signo sobre las negras tinieblas. Es difícil recordar, siempre es difícil. Fulminantes, esas imágenes abrasan la mirada... la ciegan. Durante algún tiempo no sé dónde me encuentro, ni sé quién soy. El eco de una palabra que no comprendo trueno en mi cerebro y su reverberación hace que mi cuerpo se estremezca. No conozco su significado, tan sólo recuerdo su sonido. Las vocales entregándose a las consonantes para formar esa tormentosa cadencia. Es difícil recordar, siempre es difícil recordar cualquier cosa, pero llevo toda una vida intentando olvidar ese ruido cuya su resonancia me persigue eternamente. Más que una palabra es un eco. En realidad es mi nombre.

La imagen funde a negro. Un silbido, a lo lejos, hace recordar en una antigua canción, quizás folclórica. Al atardecer, sobre la loma escarpada de una montaña, un camino repta por la ladera. La sombra de un caminante aparece en escena recortada por la rojiza luz del sol.

2

Cae el día sobre los suburbios de una gran ciudad. Las chabolas son el horizonte de un montón de basura que se alza en primer término. Es un montón orgánico, que parece respirar, que parece moverse, que parece que vive. En el centro, un charco de agua estancada forma la plaza, coronada por una horca de la que pende un cuerpo en balancín, peinado en trazos dorados por las últimas luces del sol.

La nieve se derrite en el barro y en la propia tramoya de la puesta en escena. El ruido del viento domina sobre el resto de los murmullos y eructos que parecen salir de los montones de basura. Un hombre elegantemente vestido, algo entrado en años y obeso, observa con la boca abierta al ahorcado, mientras que otro, bastante viejo, encorbado y vestido con harapos, sin mirada definida de deseo, no para de relatar sujetando de una cuerda un gran cerdo. A veces parece que habla consigo mismo. El hombre trajeado no le hace mucho caso.

VIEJO:

¿Qué clase de fiesta es? ¿Qué es una fiesta?

MÁNCER:

Un velatorio.

VIEJO:

¿Dónde está la gente? No veo a nadie, ¿cómo puede haber fiestas sin nadie que la celebre?

MÁNCER:

Ya vendrán, vendrán a celebrarlo.

El viejo mira se acerca y observa al muerto

VIEJO:

Hace tres meses que lo colgamos. Ya huele.

MÁNCER:

Ya debería estar aquí.

VIEJO:

No se preocupe. Si es una fiesta nadie faltará.

MÁNCER:

Se marchó hace ya mucho tiempo.

VIEJO:

No se preocupe, él sabe cuidarse sólo.

MÁNCER:

Debiera volver. No podemos celebrarlo sin él.

VIEJO:

¿Celebrar? ¿Celebrar qué?

MÁNCER:

El velatorio. La fiesta.

VIEJO:

¡Ah, claro! La fiesta. La fiesta. ¿Pero cómo vamos a celebrarlo? No ha venido nadie.

Un ruido de estacas golpeando el suelo precede a la procesión de un cortejo fúnebre formado por lisiados e imposibilitados de todas clases, que se acercan a la picota y descuelgan al ahorcado, lo meten en una caja sucia a modo de ataúd.

GUÍA:

Los caminos de la imaginación son innumerables.

CORTEJO:

Los caminos de la imaginación son innumerables.

GUÍA:

Los poderes de la invención no tienen límites.

CORTEJO:

Los poderes de la invención no tienen límites.

El VIEJO observa los gerontomovimientos de los miembros del séquito, lentos y cansinos. Los brazos y las piernas bailan dentro de sus raídos fracs negros.

VIEJO:

Pues éstos no tienen cara de fiestas.

MÁNCER:

¿Qué sabrás tú de fiestas?

VIEJO:

Claro que no. No sé nada de fiestas. Nunca he visto una.

MÁNCER:

Cállate, consigues ponerte enfermo.

GUÍA:

Los caminos de la imaginación son innumerables.

CORTEJO:

Los caminos de la imaginación son innumerables.

GUÍA:

Los poderes de la invención no tienen límites.

CORTEJO:

Los poderes de la invención no tienen límites.

Diligentemente, sin perder un segundo, los enterradores levantan el ataúd y lo transportan hasta el centro del decorado sin dejar, en ningún momento, de entonar su monótona cantinela y golpear el suelo rítmicamente con sus bastones. En lo alto del horizonte, entre muebles abandonados que hacen las veces de chabolas, un hombre alto y fornido, aunque con el rostro cosido por las arrugas de la experiencia, entra en escena y se acerca con paso lento y cansino al ataúd en silencio mientras termina de silbar la canción que se oyó en la primera escena. Es el ALNADO. El VIEJO se le acerca enfadado.

VIEJO:

¿Se puede saber dónde coños has estado tanto tiempo?

ALNADO:

Aún sigues vivo, viejo sin seso.

VIEJO:

Hemos estado esperándote tres meses sin comer ni dormir. Esperando.

Esperando. Sólo esperando.

ALNADO:

Eso no es bueno, y menos a tu edad.

VIEJO:

No hace falta esperar para ayunar. Pensábamos que ya no vendrías,

El ALNADO se acerca a la horca vacía, bajo la que espera el MÁNCER. El VIEJO sigue al primero cargando con su cerdo de una correa.

VIEJO:

Te estoy hablando en serio. Muy en serio. Las cosas hay que hacerlas a conciencia. Y más si son fiestas. Las fiestas son muy importantes. Hay que prepararlas bien. ¿Sabes acaso lo que es una fiesta? Seguro que no tienes ni idea. Seguro que nunca has estado en ninguna. Además, hay que alimentar a los cerdos.

ALNADO:

Los cerdos tienen comida de sobra.

El ALNADO, bajo el rollo de donde han descolgado al ahorcado, recoge las cuerdas que han dejado sueltas los componentes del cortejo. El MÁNCER se le acerca y le espeta secamente.

MÁNCER:

Nunca sobra la comida de los cerdos.

ALNADO:

Un cerdo que come demasiado se pudre, se vuelve ciego y estallan sus tripas. Entonces ese cerdo ya no sirve para nada, hay que quemarlo, ni siquiera sirve de abono, pudre el suelo.

MÁNCER:

Sólo importa vender los cerdos bien gordos. Cuanto más gordos mejor.

VIEJO:

Animales que da gusto verlos.

ALNADO:

Hay hombres que apenas tienen un mendrugo de pan que llevarse a la boca.

MÁNCER:

No se puede alimentar hombres para luego matarlos, descuartizarlos y venderlos. Una lástima, es ilegal. Cuando haya una ley que lo permita, no lo dudes, no habrá un solo hombre famélico sobre la faz de la tierra.

ALNADO:

No me cabe la menor duda.

MÁNCER:

¿Se puede saber dónde estuviste todo este tiempo?

ALNADO:

No.

MÁNCER:

¿Por qué no?

ALNADO:

Porque estuve perdido.

VIEJO:

¿Cómo te puedes perder? ¿Cómo se puede uno perder sabiendo que se pierde? Eso no puede ser. Es imposible. Si uno sabe que se pierde aún hay un resquicio de luz. Una cuerda a la que asirse.

El ALNADO mira al VIEJO sonriendo, pero por toda respuesta, coge al cerdo por las patas, le ata la cuerda del ahorcado y lo sube a lo alto de la picota.

ALNADO:

Vamos, ¿no es esto una fiesta? (Con el cuchillo apunta hacia el ataúd) Ése de ahí era mi padre.

El cerdo chilla y se revuelve, pero de una certera cuchillada en el cuello, el gorrino muere estirando las patas, aunque éstas se encuentran amarradas. La sangre brota del cuerpo. El VIEJO se apresura a poner un cubo debajo del colgado para recoger la sangre.

VIEJO:

De un cerdo todo es comestible. Nada tiene desperdicio.

MÁNCER:

Matar no tiene secretos para ti.

ALNADO:

No hay ningún secreto en la muerte. Todo es claro y cristalino: transparente.

El ALNADO pone su mano bajo el chorro de sangre porcina y recoge en su mano unas gotas que enseña al MÁNCER.

ALNADO:

Mírala. A lo mejor también la puedes vender.

El MÁNCER retira la mirada, gesto que hace reír al ALNADO. El cerdo da sus últimos gritos. El ALNADO mira hacia el ataúd y pregunta al MÁNCER.

ALNADO:

¿Por qué lo mataron?

MÁNCER: (Encogiéndose de hombros)

No sabemos. Una acusación... le acusaron de no alimentar bien a las bestias... de venderlas a un precio superior a su peso. Fue al Palacio de Justicia y... ya no salió vivo.

ALNADO:

Pero la guerra... Terminó hace tiempo.

MÁNCER:

Sí. Ya hace mucho que terminó.

El ALNADO limpia su cuchillo y lo guarda en su funda.

OSCURO

3

PROYECCIÓN AUDIOVISUAL

En primer plano, el sacerdote reza la homilía por el descanso del alma del PADRE.

SACERDOTE:

Su inmundicia manchaba sus vestiduras

y no se cuidaba de su fin;

y cayó de modo sorprendente

sin que nadie la consolara.

Mira ¡Oh Yavé! Mi aflicción,

mira la arrogancia del enemigo.

Jerusalem, vuélvete hacia el Señor tu Dios.

4

Noche. El cerdo, colgado del rollo, está abierto en canal. A su sombra se reúne, borracho, un grupo de mendigos. Bajo el cerdo, una hoguera ilumina el aquelarre gastronómico. En el fondo de chabolas, pequeños fuegos iluminan la noche. Son otras fiestas, quizás otros cerdos. Un CIEGO toca al acordeón una melodía que, a juzgar por sus dudas, apenas recuerda. Los enlutados que descolgaron el cuerpo

del ahorcado y algunos mendigos comen a la luz de la hoguera y protegidos por muebles de cocina y vitrinas sin cristales. El VIEJO se acerca junto al cerdo para sentarse con el ALNADO.

VIEJO:

No he visto un velatorio mejor que éste. He comido tres kilos de jamón, y dos de lomo y torreznos; estaban tan tiernos que se me han deshecho en la boca.

También he comido cecina y oreja con tomate. Las chuletas y los filetes estaban para chuparse los dedos, y la jeta y el tocino también. Y los sesos, y la lengua, y las pezuñas y las criadillas, y las asaduras, y los entresijos y las gallinejas...

Todo, todo estaba riquísimo.

ALNADO:

Ten cuidado, no tienes edad para cometer tantos excesos.

VIEJO:

¿Qué excesos? Esto es alimentación equilibrada. Mediterránea.

ALNADO:

Podías haber reventado.

VIEJO:

Eso no se le desea a un amigo que apenas come tres jueves al año ¿O acaso te ríes de mí? Ten en cuenta que no está bien reírse de un viejo. No sé qué extrañas costumbres te han enseñado por esos mundos. De todas formas no me importa, lo importante es comer. Si se comiera así todos los días, la muerte no existiría.

Sería imposible.

De detrás del fuego que ennegrece al cerdo, MARÍA se acerca al ALNADO y le llena la copa de vino. El ALNADO la mira a los ojos y sonríe.

ALNADO:

¿Tú eres María?

MARÍA asiente mientras llena las copas del resto de los presentes.

ALNADO:

Eras apenas una niña.

VIEJO:

Pero ha crecido mucho, servía en casa de tu padre y comía todos los días. ¿A que está de buen ver? ¿A que da gusto verla?

El VIEJO, casi perdiendo el equilibrio, suelta un azote en el trasero de MARÍA.

ALNADO:

Tienes más razón que un santo.

VIEJO:

Dame vino a mí también, María.

MARÍA:

Ya ha bebido demasiado, viejo verde.

VIEJO:

Pero bueno, ¿es que ni siquiera respetas a los muertos? El Padre te dio de comer toda la vida y tú ahora me niegas un trago de vino.

ALNADO:

María tiene razón. Ya ha comido y bebido suficiente por esta noche.

El viejo del acordeón comienza una melodía.

VIEJO:

En toda mi larga vida, apenas recuerdo haber comido una sola vez. Mi estómago es más pequeño que un preservativo, y a mi edad, he de aprovechar las ocasiones. Aún tengo mucho que comer... y que beber.

MARÍA:

Va a reventar como no se calle.

VIEJO:

¡Mujeres! Sois el terror de los viejos.

MARÍA mira fijamente al ALNADO, como si fuera un hombre, bebe el contenido de su jarra de un sólo trago y la deja en el suelo. Contoneándose con la música del acordeón se acerca al VIEJO comenzando a cantar.

MARÍA:

Soy un jilguero que va volando, volando
y su canto va dejando con infinito fervor.
Pues en tu senda que está llena de esplendores
con las más fragantes flores
hice mi nido de amor.
En un recodo de tu senda está mi hogar.
donde mi amada con dulcísima emoción
dice a la vida la belleza que la indulta
con las palabras que modula en su canción.
Senda florida que jamás olvidaré-
¡Bendita senda donde mis dichas viví!

Una voz de aguardiente interrumpe a MARÍA. Un joven, ABEL, alza la voz llamándola.

ABEL:

María... Más vino, que estamos secos.

MARÍA recoge la jarra. El ALNADO alza su mirada y pregunta a María.

ALNADO:

¿Quién es ese?

MARÍA:

Ése es Abel.

ALNADO:

¿Y se puede saber quién es Abel?

MARÍA:

No.

MARÍA se da media vuelta y se acerca hasta ABEL para llenar su vasija de vino.

VIEJO:

Eso sí que es una mujer. Esto sí que es una fiesta.

El VIEJO cae desmayado junto al ALNADO.

OSCURO

5

En el interior de una pocilga. Al fondo, tras el pequeño portón, cuelgan los huesos pelados del cerdo de la celebración. Lluve en el exterior, goteras en el interior. ABEL, ALNADO, MARÍA y el VIEJO, tendidos en el barro, intentan descansar. El VIEJO convalece

ABEL:

¡Qué bien se está después de comer! No hay nada mejor que un cerdo.

ALNADO:

Es una animal agradecido.

ABEL: (Tocando su guitarra)

One day there'll be a cure for pain

That's the day I'll throw my drugs away

Un murmullo se escucha afuera. Un gran bulto de basura que se levanta bajo los restos del cerdo parece moverse por encima del barro. ABEL vuelve su mirada y sonríe.

ABEL:

Escucha, escucha. Están follando. Sí, están follando. Da gusto follar después de comer. (ABEL mira a MARÍA, pero ésta se da media vuelta en la manta, por lo que el joven vuelve su mirada al ALNADO riendo mientras vuelve a tocar su guitarra.)
¿Cuánto cuesta un cerdo?

ALNADO:

No serías capaz ni de imaginarlo.

ABEL:

Imaginación. Sí, eso es lo único que poseo.

ALNADO:

No sabrías qué comprar con tanto dinero.

ABEL:

No sé qué cosa es el dinero.

ALNADO:

¿Quién eres? El joven salvaje.

ABEL:

No, un mendigo. Uno más. Estoy a dos velas, por eso no sé qué es el dinero.

ALNADO:

No hay nada más necesario para el capital que el mendigo.

ABEL:

No seguiré así toda la vida. Pienso redimirme.

ALNADO:

Por eso lo digo. El mendigo es el embrión del capitalista.

ABEL:

Yo también quiero salir de aquí, rehacer mi vida, vivir en otro sitio.

ALNADO:

Sin embargo, yo he vuelto a este agujero, no tengo vida que rehacer ni quiero vivir.

ABEL canta de nuevo, acompañándose de su guitarra.

ABEL:

Today... is the greatest day I've ever know

can't live for tomorrow

tomorrow's much too...

ABEL mira de nuevo al ALNADO.

¿Tú no tienes mujer?

ALNADO mira a los ojos a ABEL y luego a MARÍA. Con un gesto amargo asiente.

ALNADO:

No.

ABEL:

Tener mujer es una responsabilidad. Te obliga a tomar las cosas en serio. No vives ya para ti sólo, vives también para ella y... y para los hijos.

ABEL remata su discurso con un toque final en su guitarra.

MARÍA:

¿Qué hijos?

ABEL:

Es un decir. Una manera de hablar.

MARÍA:

¡Ah!

El ALNADO sonríe y se incorpora.

ALNADO:

Ya veo que eres un hombre abrumado por las responsabilidades, pero si quieres un consejo gratis, sólo conozco un lugar donde se puede vivir tranquilo y en paz: a tres metros bajo tierra.

ABEL:

Eso lo dice el hombre que es propietario, que no tiene problemas, que ha heredado cerdos.

ALNADO:

Ya gasté todo lo mío. Lo que queda es todo de mi hermano.

VIEJO:

Lo que queda es de tu hermano y mío. Porque, no lo olvides, estás durmiendo en mi casa, bajo mi techo.

ALNADO:

¿A esta pocilga llamas casa?

VIEJO:

En mi casa llamo a las cosas como quiero. Y ándate con ojo no te ponga de patitas en la calle.

ALNADO:

No sé qué sería mejor.

MARÍA:

Pero bueno, ¿se puede saber lo que vale un cerdo?

VIEJO:

¿Cómo vas a conseguir un cerdo?

ABEL:

Robándolo

ALNADO:

Ni lo pienses.

ABEL:

¿Por qué?

ALNADO:

Es un traje que te viene muy grande.

MARÍA se levanta del suelo y mira fijamente al ALNADO.

MARÍA:

Los cerdos no son del que los posee, son del que los necesita, del que tiene hambre, del que se va a muere si no come. ¿Qué es un cerdo? Un bicho inmundo, maloliente y asqueroso. Un bicho que está hecho para morir, para ser alimento... pasto del hambre. Un cerdo es del que lo precisa. Ahora estamos fuertes, hemos comido. Hay que pensar en el futuro.

ALNADO:

Hablas muy bien. ¿Quién te ha enseñado?

ABEL:

¿Quién había de enseñarla? ¿Es que ella no tiene cabeza para pensar? ¿Es que no tiene ojos para ver la injusticia, ni nariz para oler la inmundicia? ¿Es que una mujer no ve lo que ve un hombre?

ALNADO:

Ninguna mujer diría semejantes sandeces.

ABEL se levanta.

ABEL:

¿Qué cosas son sandeces?

ALNADO:

Robar cerdos.

ABEL:

Ni siquiera tú puedes comer las algarrobas de esos bichos.

ALNADO se da media vuelta y se enfrenta a ABEL.

ALNADO:

Me basta con lo que tengo.

MARÍA:

¿Qué es lo que tienes?

ALNADO:

Nada.

VIEJO:

El paraíso debe ser como una gran piara. Una piara infinita. Una gran y fétida piara. Por eso, aunque no sean míos, me gusta vivir junto a los cerdos, dormir con ellos. No es el paraíso, no; pero es casi el limbo.

El ALNADO sale a la puerta bajo la lluvia. MARÍA se acurruca junto a ABEL, sentado junto a la puerta de la piara.

MARÍA:

¿Qué me comprarás cuando seamos casi ricos?

ABEL:

Lo que tú quieras.

MARÍA:

No, lo que yo quiera no. Tienes que pensar.

VIEJO:

¡Mujeres!

MARÍA:

Piensa. No es tan difícil.

ABEL:

Yo ya me ocupo de robar el cerdo. Piensa tú qué es lo que quieres.

MARÍA:

Está bien. Un vestido nuevo, quiero un vestido nuevo. De una sola pieza. Blanco.

ABEL:

Un vestido nuevo para lucir un hermoso broche.

MARÍA: (Se separa del abrazo y mira fijamente a ABEL)

Madre mía. ¡Cuántas cosas!

OSCURO

6

PROYECCIÓN AUDIOVISUAL

POCILGA.INT- NOCHE.

Los cerdos gritan despavoridos e intentan huir dando saltos extraños e impensables para animales de semejante tonelaje. Sus rostros se deforman por la cercanía del objetivo y por los gritos salvajes que emiten.

7

En el patio bajo el rollo solitario, han desaparecido los huesos del cerdo. A sus pies, entre la basura y el barro, semienterrados, sobresalen los cuerpos de borrachos, prostitutas y mendigos. El ALNADO y el VIEJO observan la escabechina y se acercan a un mendigo, al cual está agarrada una prostituta. El ALNADO coge la mano del hombre, pero ésta cae inerte al suelo sin que su propietario se mueva lo más mínimo.

ALNADO:

Éste ya no se volverá a menear nunca más.

La PROSTITUTA a la que está abrazado el cadáver se despierta y cruza una mirada estrábica e interrogante al ALNADO.

ALNADO:

Está muerto.

La PROSTITUTA se levanta de un salto e intenta limpiar su cuerpo con la lengua, como si fuera un animal en pleno aseo. Sus harapos quedan en el barro.

PROSTITUTA:

¿Quién era ése? ¿Quién es ahora?

VIEJO:

Despierta, guarra. Míralo. ¿Lo has tocado? Eh ¿lo has tocado?

PROSTITUTA:

¿Qué he tocado? ¿Qué no he tocado?

VIEJO:

Míralo... Míralo. Te lo has follado y lo has matado.

PROSTITUTA:

No, no... No lo he tocado, ni siquiera me he acercado a él. Ni le he mirado... Me da miedo.

VIEJO:

Te da miedo pero la tiene bien gorda, ¿eh?

PROSTITUTA:

No me gusta su tacto, es rugoso... pegajoso... Puede ser contagioso eso de morirse.

Bajo el barro, un cuerpo se mueve con espasmos convulsivos, aún en sueños. El ALNADO se acerca al lugar y lo desentierra consiguiendo que respire. La PROSTITUTA lo observa.

PROSTITUTA:

¿También está muerto?

ALNADO:

¿Quién coño es éste?

La PROSTITUTA se levanta y avanza por el montón de basuras.

PROSTITUTA:

No lo sé. Jamás lo había visto... Sí, eso de morirse puede ser contagioso...

Después de haber comido, es muy peligroso comer...

El MENDIGO se incorpora, intenta adivinar dónde se encuentra y mira a los ojos del ALNADO.

ALNADO:

¿Cómo te llamas?

MENDIGO:

¡Qué más da!... Las palabras sólo sirven para mentir.

La PROSTITUTA se ríe divertida.

ALNADO:

¿No conoces tu nombre?

El MENDIGO agacha la cabeza y, como si recordara algo, habla consigo mismo.

MENDIGO:

Anoche tuve un sueño. Un sueño extraño, como todos los sueños, pero también era placentero. Me sentí en casa, en la puerta de mi casa, dentro de ella. Y allí, sentado en el umbral, podía contemplar el paisaje: los ríos, los árboles, las montañas, las nubes... El cielo. Y me sentía bien, había calor en aquella casa.

La PROSTITUTA descubre su desnudez porque siente frío e intenta encontrar de nuevo sus harapos.

ALNADO:

El calor nace en el hogar.

El VIEJO aparece tras la gran montaña de basuras dando voces.

VIEJO:

Lo han hecho, lo han hecho... Alnado... Han robado el cerdo y se han largado...

Lo han hecho.

ALNADO:

¿Quiénes? ¿Quiénes han hecho qué?

VIEJO:

Abel, robó un cerdo y huyó con María. Robó un cerdo del Máncer, robó un cerdo de tu hermano.

MÁNCER, armado con rifle aparece por el mismo sitio por el que apareció el VIEJO y se acerca al ALNADO y al MENDIGO. Tras él, unos gañanes harapientos arrastran el cuerpo enlodado de ABEL. El MÁNCER señala al MENDIGO que hablaba con el ALNADO.

MÁNCER:

¿Quién es éste?

ALNADO:

Ni él mismo lo sabe.

El MÁNCER se acerca al MENDIGO.

MÁNCER:

Escucha, tengo un negocio para hoy.

MENDIGO:

¿Un negocio?

MÁNCER:

Para ti. Para hoy.

La PROSTITUTA se acerca al grupo.

PROSTITUTA:

¿Un negocio?

MÁNCER:

Cállate.

PROSTITUTA: (Se incorpora abandonando los pocos harapos que ha encontrado)

¿Un negocio? ¿Has dicho un negocio?.

MENDIGO:

Comer es necesario para el organismo. Si no comes te vienen ideas al pensamiento. Y con tantas ideas en la cabeza, caminas por ahí sin tino. Sí, es bueno comer. Por eso son necesarios los negocios.

MÁNCER arroja un rifle al MENDIGO, que coge como puede y se levanta tambaleándose.

MÁNCER:

No hay tiempo que perder.

PROSTITUTA:

No, no hay tiempo. Nunca hay tiempo para los negocios.

MÁNCER mira al ALNADO desafiante y se vuelve al MENDIGO.

MÁNCER:

Cuélgalo. No hay tiempo que perder.

El ALNADO se separa del grupo.

ALNADO:

¿Recuperaste el cerdo?

MÁNCER:

Claro que sí.

ALNADO:

Enhorabuena.

MÁNCER:

Ahora hay que acabar con el ladrón.

MARÍA, que ha estado abrazada a ABEL, se acerca al ALNADO y se abraza a sus rodillas.

MARÍA:

No puedes permitirlo. ¿Dónde está la compasión? ¿Dónde está la piedad? No puedes consentir esto. No puedes consentirlo.

El ALNADO mira a MARÍA y luego a su hermano.

ALNADO:

Es un ladrón. A lo único que tiene derecho es a un juicio justo, pero en este caso daría igual.

MARÍA:

Entonces hazlo por mí... Estoy embarazada... voy a tener un niño.

El ALNADO mira a MARÍA y se separa de ella a la fuerza. Se acerca al MÁNCER y le susurra.

ALNADO:

Mátalos. Mátalos a todos. Así acabarás con todos los ladrones de cerdos... Así acabarás con todo el hambre.

MÁNCER:

María es nuestra sirvienta. María tiene un lugar en la casa de tu padre.

ALNADO:

En la casa de mi padre sólo queda ya espacio para los cerdos.

MÁNCER, seguido del MENDIGO, la PROSTITUTA y el VIEJO, agarran a ABEL y lo arrastran hasta el simple cadalso armado con cuatro tablas. El ALNADO sale de escena arrojando con rabia el barro que se le ha quedado entre las manos.

8

Aunque está muerto, el MENDIGO hace prácticas de tiro con el cuerpo de ABEL dejándolo hecho un colador. Por fin, se le acaban las balas, por lo que,

frenéticamente, golpea el rifle intentando arreglarlo como se intenta arreglar a tortazos un televisor.

Un cortejo de inválidos y lisiados descuelga el cuerpo muerto del ladrón.

GUÍA:

Los caminos de la imaginación son innumerables.

CORTEJO:

Los caminos de la imaginación son innumerables.

GUÍA:

Los poderes de la invención no tienen límites.

CORTEJO:

Los poderes de la invención no tienen límites.

El MENDIGO es incapaz de arreglar el rifle. Los hombres ataviados con sus enlutados fracs y chisteras negros descuelgan el cadáver y comienzan a tomarle medidas.

ENTERRADOR 1:

Uno noventa.

ENTERRADOR 2: (Apuntando en una libreta.)

Uno noventa.

ENTERRADOR 1:

Son unos experimentos muy arriesgados.

ENTERRADOR 2:

¿Y los resultados? A nosotros sólo nos interesan los resultados.

ENTERRADOR 1:

¿Cómo vamos a saber cuáles serán los resultados? Si lo supiéramos ya no serían experimentos.

ENTERRADOR 2:

¡Harto! ¡Estoy harto de experimentos! No sirven de nada nuestras medidas. Es un trabajo desperdiciado. No vale para nada.

ENTERRADOR 1:

La semana pasada nos sobró metro y medio de ataúd por barba.

ENTERRADOR 2:

Y sin embargo, el mes anterior, todos tuvieron que ir remendados.

ENTERRADOR 1:

Eso, remendados. Pero no remiendos rectos, las cajas no eran rectangulares, no señor. Algunas llegaron a ser circulares.

ENTERRADOR 2:

Circulares, sí señor.

Los ENTERRADORES abren los brazos en cruz del cadáver y miden su envergadura

ENTERRADOR 1:

Uno cincuenta y ocho.

ENTERRADOR 2:

Uno cincuenta y ocho. Es mucho, mucho. Todo trabajo necesita orden.

Mediremos después de los experimentos.

ENTERRADOR 1:

Pero, nuestro negocio. ¿A nadie le importa nuestro negocio?

ENTERRADOR 2:

Es verdad... Nuestro negocio...

Los ENTERRADORES se quedan pensativos. En ese momento entra en escena MARÍA seguida de la PROSTITUTA y se detienen delante del cuerpo de ABEL, al que los ENTERRADORES introducen en un ataúd.

MARÍA:

Prometió regalarme un vestido.

PUTA:

Eso ya no lo dice nadie.

MARÍA:

Y un broche.

PUTA:

¡Un broche! Ya no se prometen tantas cosas. La imaginación no da para tanto. En mi época los hombres eran más mentirosos, tenían más imaginación y una se ponía contenta, pero ahora... ya ves.

MARÍA:

Estoy segura de que me lo hubiera regalado.

PUTA:

¿Qué importa? Para ser feliz bastan las promesas, pero no te fíes de los hombres. Como te fíes de los hombres acabarás en el fondo del muelle con una piedra al cuello. Ante todo debes ser feliz, tienes que dedicarte a los negocios. Los negocios son lo único importante en esta vida.

El agua del mar gruñe en el muelle. Los ENTERRADORES levantan el ataúd y comienzan a cantar su cantinela mientras sacan procesionalmente al muerto de escena por el patio de butacas. MARÍA y la PROSTITUTA, observan al solitario cortejo cómo se llevan la caja a golpes de bastonazos.

CORTEJO:

Los caminos de la imaginación son innumerables.

Los poderes de la invención no tienen límites.

PUTA:

Hubiera podido llegar a ser un gran hombre, pero sólo ha conseguido ser un bonito ahorcado.

MARÍA:

Voy a tener un hijo suyo.

PUTA:

¿Para qué?

MARÍA:

No lo sé. Estoy embarazada.

PUTA:

Olvídalo. Piensa en los negocios. Los negocios. Los negocios.

Aparece en escena el MÁNCER, pero se queda a una prudencial distancia de las mujeres.

PUTA:

Ya está aquí. Tienes que ser amable con él. Su padre te dio trabajo y tú no has correspondido a su confianza. Respondiste como una puta, pero ahora debes obedecer. Debes ser amable con él.

MARÍA:

Seré amable, pero tendré a mi hijo.

PUTA:

No te preocupes. Tendrás todos los hijos que quieras. Ahora ve con él, vamos, acércate.

MARÍA mira al MÁNCER y avanza unos pasos hasta él. El MÁNCER se acerca y la coge del brazo.

MÁNCER:

Vamos María. Vamos a casa. Te estamos esperando.

MARÍA acompaña al MÁNCER, pero el brazo de éste la sujeta fuertemente y da la sensación que la mujer es arrastrada por la fuerza del hombre. Una última mirada atrás encuentra el gesto de la PUTA que se despide de ella.

PUTA:

Piensa en los negocios... En los negocios.

OSCURO

9

PROYECCIÓN AUDIOVISUAL

Vemos una casa señorial de campo, completamente cerrada, a cal y canto. Gruesas puertas cierran la entrada así como altos muros impiden el paso al interior de los huertos.

Los cuervos graznan alrededor de una alta torre.

Las gallinas cacarean tras unas rejas de alambre.

Los cerdos goznan tras verjas de hierro.

VOZ EN OFF:

Parece una contradicción, pero ahora me doy cuenta que un hombre no cesa en odiar lo que desea. Lo que se odia de niño es, sin embargo, fervientemente deseado cuando se es adulto. Lo que asfixia en ciertos momentos se añora como imprescindible para respirar en otros momentos. Lo que duele es lo que se desea. Lo que se odia es lo que se ama. Parece una contradicción. Quizás es un contrasentido.

10

Cae la tarde sobre el campo. Bajo una encina, el ALNADO fuma tranquilamente un puro que se quema dificultosamente. Más que puro parece caña de azúcar. A sus espaldas, los cerdos goznan y se pelean por la comida en el barro. El VIEJO, sentado junto a él, le mira fijamente, mirándole a los ojos como si quisiera descubrir sus pensamientos más ocultos. Baja la mirada y masculla.

VIEJO:

Tres.

El ALNADO responde con su mirada, saca el puño de su espalda y lo pone sobre su rodilla para responder a pesar del puro que lleva en la boca.

ALNADO:

Ocho.

Con movimientos rápidos, como si fueran a desenfundar pistolas en el Oeste, juegan a los chinos.

VIEJO:

Tres. Gané.

ALNADO:

Vamos, otra vez... Seis.

VIEJO:

¡Siete!

Repiten el procedimiento, pero esta vez mucho más rápido.

VIEJO:

Volví a ganar.

ALNADO:

Otra más, ¡vamos! Cuatro.

Aún más rápido. El ALNADO arroja el puro lejos de sí.

VIEJO:

Nueve. Volví a ganar.

ALNADO:

Tienes la suerte de tu lado viejo chocho, no la malgastes.

VIEJO:

Nunca malgasté nada pues nunca tuve nada. Lo poco que tengo lo ahorro, sobre todo el aire.

ALNADO:

Es imposible jugar contigo. Tienes una potra.

VIEJO:

No es potra... Es sabiduría. Yo sólo digo números sagrados, mientras que tú sólo apuestas por números vulgares: ocho, seis, cuatro, ¿cómo vas a ganar con esos números?

ALNADO:

Sólo son números. Además, sagrados hay muchos números, eso no explica que siempre ganes.

VIEJO:

No, eso no lo explica... Lo que lo explica todo es que quizás soy profeta.

ALNADO:

Por los años que tienes bien pudieras...

VIEJO:

No te rías de las canas...

ALNADO: (Terrible.)

No me río de las canas.

Los cerdos, al fondo del escenario, encerrados tras unas rejas, goznan nerviosos.

El ALNADO los contempla con mirada de entendido.

VIEJO:

Están nerviosos esta noche. Siempre echan de menos al que falta. ¿sabes una cosa? El olfato... el olfato de los cerdos es colosal, están rodeados de mierda y pueden distinguir el olor de la comida. Son los animales que mejor olfato tienen, que desarrollan un olfato selectivo... Pues bien... aunque son unos cerdos tienen un gran olfato y son capaces de oler el cerdo que nos hemos comido.

ALNADO:

No hemos comido ningún cerdo.

VIEJO:

Bueno, en el caso de que lo hubiéramos hecho. Un eructo, cualquier pedo que se te escape huele a su compañero, al cerdo que falta. Y se ponen nerviosos... muy nerviosos. Además de la mierda también huelen la muerte.

ALNADO:

Yo no me tiro pedos.

VIEJO:

Entonces no eres humano.

ALNADO:

Puede que los cerdos huelen la muerte, pero sólo los hombres la saborean.

VIEJO:

¿Y a qué sabe la muerte?

ALNADO:

¿A qué va a saber? A mierda.

VIEJO:

¿Por qué has vuelto? La última vez que viniste fue cuando murió tu padre. Entonces te largaste sin decir una palabra. ¿Por qué has vuelto otra vez?

ALNADO:

Quizás el mundo se me ha quedado pequeño.

VIEJO:

¿Recuerdas cuando te perdiste? ¿Recuerdas cuando apenas eras un crío y te perdiste en el monte? Entonces sí que era grande el mundo.

ALNADO:

El bosque tenía un delicioso olor perfumado... hasta que llegó la noche.

VIEJO:

Tu padre salió a buscarte. No cejamos hasta dar contigo. Pasamos por los mismos sitios varias veces, dimos vueltas en redondo hasta marearnos, pero no paramos, no paramos a descansar ni un sólo instante, ni siquiera nos detuvimos a beber. Caminábamos... Dábamos vueltas.

ALNADO:

Me escondí. No porque tuviera miedo, sino porque tenía frío. Probé unas bayas o unas raíces o no sé qué maldita cosa era aquello, pero tenían un sabor amargo. Escupí hasta quedarme sin saliva y, entonces, comencé a temblar.

El ALNADO saca un papel de su petate. Lo desdobra y extiende en el suelo. Sus ojos miran fijamente las dobleces intentando leer.

VIEJO:

¿Qué es eso?

ALNADO:

Una carta.

VIEJO:

Una carta, una carta. Ya sé que es una carta, no soy ciego. ¿Qué dice?

ALNADO:

No sé.

VIEJO:

Una carta, una carta... ¡Habrás visto! ¿Pero de quién es? ¿Quién escribió?

ALNADO:

Era una carta de mi padre.

VIEJO:

¿De tu padre? ¿Qué decía?

ALNADO:

No lo sé.

VIEJO:

¿Cómo que no lo sabes? ¿Es que no sabes leer?

ALNADO:

No se puede leer. La tinta se desbordó entre el agua y el barro para convertirse en un gran borrón. Cuando la carta llegó hasta mí era completamente ilegible.

VIEJO:

Sería algo importante. Aquel año hubo inundaciones y no se pudo recoger la cosecha. No quedó nada, todo estaba podrido. Al no haber grano los cerdos se quedaron sin comida, hubo que soltarlos al campo, para que comieran bellotas. Muchos se perdieron, otros murieron. Quizás contaba eso la carta. Quizás fue eso lo que escribió. Fue un desastre, pero los cerdos de ese años fueron magníficos, los mejores en mucho tiempo, la carne era fuerte y seca, los músculos duros, las vetas finas... No hay mal que por bien no venga.

El ALNADO vuelve a doblar el papel para guardarlo de nuevo entre sus cosas.

ALNADO:

No es fácil poseer tantas cosas, siempre hay que luchar por la posesión. Al final, son ellas las que te poseen a ti. Tus cosas. Tú eres su siervo. Es como los cerdos. Tú te los comes, pero eres su siervo durante toda tu vida.

VIEJO:

Pues yo no tengo nada y sin embargo tampoco soy libre. Soy un siervo. Sólo conozco en este mundo dos cosas: los hombres y los cerdos. No poseo ninguna de las dos cosas, sino que sirvo a ambas.

ALNADO:

Este lugar es el culo del mundo.

VIEJO:

¿Por qué te marchaste de la casa? ¿Por qué viniste al culo del mundo?

ALNADO:

No lo sé... Si lo supiera... Quizás por no cuidar las cosas, por no trabajar las cosas. Pensaba que las cosas no merecían el trabajo de un hombre.

VIEJO:

Todo requiere cuidado. Si no se cuidan las cosas, todo sabe amargo. Todo huele a mierda.

ALNADO:

Allí dentro nada se entiende. Nada es real.

Los cerdos vuelven a chillar desconsoladamente. El VIEJO calla. El ALNADO se levanta.

ALNADO:

Quizás sea mejor que salga a buscarlo.

VIEJO:

Lo más probable es que ese cerdo esté ya muerto y pudriéndose. Las alimañas también tienen derecho a comer.

ALNADO:

También tienen derecho. Pero si llego a tiempo tendrán que esperar otro día.

VIEJO:

Te acompaño.

ALNADO:

No. Tu sitio está aquí. Tu labor es útil.

VIEJO:

¿Por qué has vuelto?

El ALNADO se encoge de hombros y sale.

OSCURO

11

Un cerdo come en medio del escenario sin sospechar que un niño, de unos diez años, le está observando tras los matorrales. Como un felino, el niño salta sobre el cerdo e intenta inmovilizarlo para poder clavarle un cuchillo de cocina. El cerdo chilla como si se lo llevaran los demonios.

Al ruido de los chillidos llega el ALNADO, que se abalanza sobre el niño y alza su mano para golpearle, pero su movimiento se queda congelado.

ALNADO:

Pero se puede saber quién diablos eres.

CAÍN:

¿Quién eres tú, diablo?

ALNADO:

Contesta.

CAÍN:

No sé.

ALNADO:

Contesta.

CAÍN:

Mi madre está prisionera de un dragón...

ALNADO:

¿Qué coño dices?

CAÍN:

En una alta torre. La tienen encerrada.

ALNADO:

¿Quién es tu madre?

CAÍN:

La doncella. Y tú. ¿Tú eres el Encontrau?

El ALNADO suelta al niño riendo mientras lo desarma.

ALNADO:

¿Qué fantasías son esas?

CAÍN:

Si el Encontrau te sale al paso, con sólo mirarle te da el sarampión, y la escarlatina y hasta el cáncer. Dime, ¿eres tú el Encontrau?

ALNADO:

No creo.

CAÍN:

¡Qué alivio!

Tras unos matorrales chilla de nuevo el cerdo. El ALNADO se dirige a por él, pero se da media vuelta y pregunta al niño.

ALNADO:

¿Tienes hambre?

El NIÑO no contesta. Baja la mirada. El ALNADO hace un gesto con su cabeza invitando al niño a seguirle. Los chillidos del cerdo llaman al ALNADO, que desaparece en la oscuridad, mientras el niño le sigue a cierta distancia.

12

En el interior de la pocilga. El ALNADO y el VIEJO observan cómo el niño come un minúsculo pedazo de queso mientras mira fijamente a los cerdos que chillan aterrorizados tras las rejas adivinando el peligro.

VIEJO:

¿De dónde lo has sacado? Éste es el hijo de María... El Máncer lo estará buscando por todas partes. ¡Menudo fregado!

ALNADO:

¿Este es el hijo de aquel haragán ladrón de cerdos?

VIEJO:

Claro que sí. Te marchaste hace tanto tiempo que no lo llegaste a conocer.

ALNADO:

De tal palo...

VIEJO:

Menuda leche debe de tener el Máncer. Andará mordiendo las esquinas.

ALNADO:

¿Tanto quiere a la criatura?

VIEJO:

Lo odia.

El ALNADO mira al niño, quien, llevado por su curiosidad, se acerca poco a poco a los cerdos.

ALNADO:

No te aconsejo que te acerques tanto. Una vez conocí a uno que murió por eso.

VIEJO:

Lo dejaron hecho un colador.

CAÍN:

Sé a quién os referís. Ése de quien habláis era mi padre. Lo mataron por robar cerdos. Lo mató el Máncer.

ALNADO:

Está castigado con la muerte robar un cerdo.

CAÍN:

No necesito robar cerdos. Tengo tantos cerdos como quiera.

ALNADO:

¿Cuál es tu nombre?

CAÍN:

Caín.

ALNADO:

Tu padre era un bromista.

CAÍN:

Tal vez, pero nunca llegué a conocerlo.

ALNADO:

¿Y madre? ¿Tienes madre?

CAÍN:

Sí, pero no puedo verla. Está encerrada en lo alto de un torre, custodiada por un dragón.

VIEJO:

Esos son cuentos chinos.

CAÍN:

Sí, lo de la alta torre sí, pero lo del dragón es verdad. Pura verdad.

VIEJO:

Por aquí jamás se ha visto un dragón. Sólo hay cerdos. Ni pajaritos hay siquiera. Sólo cerdos. Cerdos y más cerdos.

Un sonido extraño, como si fuera de un cuerno de caza afónico, atruena en la lejanía. CAÍN repara en el sonido y, sin decir una sola palabra, se pega a las paredes de la pocilga temeroso.

ALNADO:

¿Qué es eso?

VIEJO:

El padrastro. Anda como loco buscándolo. Lo tiene siempre encerrado en la casa. No lo deja salir ni a respirar.

El ALNADO mira a CAÍN que no sabe dónde esconderse.

ALNADO:

Él también se ha dado cuenta.

VIEJO:

Hay que deshacerse de él. Échalo de aquí, no te metas en líos.

ALNADO:

¿De qué líos hablas?

VIEJO:

No sé cómo sigue aún con vida el chaval. No sé cómo no lo ha matado aún. Si no fuera por su madre, hace tiempo que el angelito estaría en el otro barrio.

ALNADO:

No es ningún angelito. Tendrías que haberlo visto, casi degüella a un cerdo más grande que él.

VIEJO:

Hazme caso, apártate del camino. Déjalo ir.

CAÍN se levanta y se abraza a las rodillas del ALNADO.

CAÍN:

No permitas que me coja. Me pegará, me arrancará la piel a cachitos. Me pegará hasta sangrar.

ALNADO:

¿No crees que lo mereces?

CAÍN:

Ten piedad de mí.

ALNADO:

¿Dónde aprendiste a rogar de esa manera?

CAÍN:

No es la primera vez.

ALNADO:

Ni será la última.

CAÍN:

No lo hagas por mí... Hazlo por ella... por mi madre. A ella también... a ella también la torturará. Ya lo ha hecho varias veces. No consiente que nadie me defienda. ¡Es un salvaje!

ALNADO:

No, un salvaje no haría eso.

CAÍN:

Créeme... la matará.

El ALNADO mira al VIEJO y luego al niño.

ALNADO:

Escóndete en la pocilga. Pero no te muevas. No toques a los cerdos ni te muevas. Aunque te muerdan las orejas, no quiere oírte ni respirar. No quiero oír nada. ¿Me has oído? Nada.

CAÍN corre a la verja que guarda los cerdos y entra en ella para perderse en la oscuridad del sucio habitáculo. Los cerdos chillan aterrados. Los sones del cuerno se acercan y se confunden con los chillidos de los cerdos hasta hacerse casi insoportable tanto ruido.

El MÁNCER entra en la pocilga. El cuerno deja de oírse. Los cerdos sigue gritando.

MÁNCER:

¿Qué ocurre aquí? ¿Qué les pasa a los bichos?

VIEJO:

Los asusta el dichoso cuerno ése. Saben que se toca en las matanzas.

El MÁNCER descubre al ALNADO. Se miran en silencio. El VIEJO rompe el silencio.

VIEJO:

Otra vez se ha escapado el diablillo ése. Lo mejor que podrías hacer es meterle un tiro en medio del campo cuando lo encuentres. Como es chico no sufrirá y a nosotros nos dejará dormir en paz.

MÁNCER:

No sabía que hubieras vuelto.

ALNADO:

Te agradezco el recibimiento. No esperaba menos de ti.

MÁNCER:

Ya te lo ha contado el viejo.

ALNADO:

Se ha deshecho en elogios. Dice que eres un padre muy bondadoso.

MÁNCER:

Es un demonio. Sería una bendición que alguna alimaña lo devorara.

VIEJO:

Sin duda, sería una bendición. Ahora, además de pobres, no podemos ni dormir.

MÁNCER:

Si no fuera porque... Si no fuera porque su madre lo ama tanto, no sé qué podría llegar a hacer. Es algo enfermizo, más que un hijo parece un juguete.

VIEJO:

Es un potrillo rebelde. Un tiro es lo que habría que meterle en la cabeza. Para que no sufra y nos deje dormir.

El MÁNCER se acerca a la verja de los cerdos.

MÁNCER:

Parece que se han calmado.

VIEJO:

En cuanto habéis callado con el cuerno. Eso pone nervioso a cualquiera.

MÁNCER:

¿Por qué has venido aquí? ¿Por qué no te acercas por la casa? También a ti te pertenece. María te trataría mejor que este viejo carcamal.

ALNADO:

Nada de allí me pertenece... Además, no quiero vivir junto a esclavos.

MÁNCER:

¿Estáis seguros que no habéis visto al chiquillo?

ALNADO:

¿Por qué tendríamos que haberle visto?

MÁNCER:

Su rastro nos llevó hasta el río, pero allí se perdió. Los perros se volvieron locos con tanta huella de cerdos y no sabemos por dónde seguir.

ALNADO:

Déjalo en paz. Cuando tenga hambre ya volverá a casa.

MÁNCER:

Su madre teme que se pueda perder.

ALNADO:

Pero tú no eres su madre.

MÁNCER:

No, no lo soy. De todos modos, si algo sabéis de él, no tardéis en avisarme. Su madre os lo agradecerá.

ALNADO:

No tardaremos.

MÁNCER:

Aún sigues siendo mi hermano. Al menos merezco una visita.

ALNADO:

La tendrás.

El MÁNCER y el ALNADO mantienen la mirada, pero el MÁNCER la retira y sale a todo correr de la pocilga sin despedirse. El sonido de los cuernos vuelve a atronar el campo. Los cerdos vuelven a chillar. El VIEJO se acerca a la puerta y observa cómo se aleja el MÁNCER.

VIEJO:

Buena la hemos hecho. Ahora sí que te has metido en un buen lío. Y a mí contigo. ¡Anda, saca a esa bestia de ahí si no quieres que se coma la piara entera!

El ALNADO se acerca a la verja y la abre. Los cerdos se tranquilizan poco a poco.

ALNADO:

Está bien, ya puedes salir.

Nadie contesta. Al cabo de un tiempo, de la oscuridad sale la tambaleante y trémula figura de CAÍN. Sus vestiduras aparecen mojadas y sucias. El ALNADO se tapa la nariz.

ALNADO:

Una agradable compañía ¿no es cierto?

VIEJO:

¡Qué asco! Jamás he visto tanta mierda junta.

ALNADO:

¿Desea el señor un baño caliente antes de acostarse?

VIEJO:

Creo que voy a vomitar. No lo aguanto más.

CAÍN se detiene en el centro de la pocilga y retoma el control de la situación.

CAÍN:

Gracias. Muchas gracias por haberme ayudado. Mañana, cuando pase el peligro me iré y no os molestaré más. Mi madre os sabrá recompensar por vuestra ayuda y hospitalidad.

El VIEJO no lo aguanta más y rompe a reír.

ALNADO:

Está bien, pero esta noche no nos vas a asfixiar.

El ALNADO coge a CAÍN por los hombros y lo mete en un gran barril lleno de agua.

CAÍN:

¡Pedazo de gandul! No me toques. A mí nadie me pone la mano encima. Te acordarás de mí, no me olvidaré de tu cara. Se me ha quedado grabada aquí, no se me va tu jeta, ¿lo oyes? No se me va.

El ALNADO le lanza una pastilla de jabón y una bola de estopa.

ALNADO:

Restriégate bien.

VIEJO:

Pero ten cuidado, no te vayas a hacer daño.

CAÍN coge el jabón y comienza a lavarse de mala gana mientras el VIEJO ríe con ganas. El ALNADO enciende un fuego.

VIEJO:

Si no fuera porque mi vida corre peligro, me casaría con vosotros. No me lo he pasado tan bien en mucho tiempo. No me río así desde que volamos con dinamita la escuela del pueblo. Y de eso hace mucho tiempo, yo era uno de los alumnos. Y lo mejor es que dentro estaba el maestro. ¡Qué bueno fue aquello, por Dios, qué bueno! No hubo nunca más una escuela en el pueblo. Nadie se atrevió ni nadie la volvió a considerar necesaria.

CAÍN coge una manta y la usa a modo de toalla y sale del barreño.

CAÍN:

¿Visteis al dragón? A que echaba fuego por los ojos.

VIEJO:

Los dragones no echan fuego por los ojos, sino por la nariz.

CAÍN:

No es cierto, es por los ojos.

VIEJO:

¿Me vas a decir a mí lo que es un dragón? Yo, que los he visto a cientos... ¿Es que no te sabes el cuento?

CAÍN:

¿Qué cuento?

VIEJO:

¿Lo ves? No tienes ni idea.

CAÍN:

A mí no me vengas con cuentos.

VIEJO:

¿Qué cuentos? Es la verdad, la pura verdad.

CAÍN:

Esas cosas no ocurren en la realidad.

VIEJO:

¿Cómo que no es verdad? Que te lo cuente él. Ya verás.

ALNADO:

Déjame de chiquilladas.

VIEJO:

Él lo conoce muy bien. Él sí luchó con el dragón.

CAÍN:

¿Es verdad eso? ¿Tú luchaste con el dragón?

ALNADO:

No, no es verdad.

El NIÑO se sienta a su lado.

CAÍN:

Pero conoces el cuento, ¿verdad?

ALNADO:

Claro, todo el mundo lo conoce.

CAÍN mira al ALNADO fijamente esperando que empiece con el cuento. El ALNADO, molesto por la mirada del niño no sabe qué hacer.

VIEJO:

Vas a tener que recurrir a tu vena narrativa, y lo has de hacer bien, tienes un público muy exigente forjado en el naturalismo y la vanguardia.

ALNADO:

¿No volasteis la escuela?

VIEJO:

Sí, la escuela sí, pero el teatro no.

El ALNADO mira al niño fijamente y se encoge de hombros.

ALNADO:

Está bien, acércate al fuego.

VIEJO:

¡Eh! Nada de trucos.

El niño obedece y se acerca al fuego.

ALNADO:

Érase una vez que se era, en un país muy lejano...

CAÍN:

Ése ya me lo sé.

VIEJO:

Duro de pelar. Las nuevas generaciones vienen pisando fuerte.

CAÍN:

Además, ese cuento no es de un dragón, es de un lobo.

ALNADO:

Pero tú no conoces el del dragón, ¿verdad?

CAÍN:

No, el del dragón no.

ALNADO:

¿Lo quieres conocer?

El niño asiente con la cabeza.

ALNADO:

Pues si lo quieres escuchar has de permanecer callado todo el tiempo. Si me interrumpes una sola vez se acabó el cuento. No hay dragón, ¿me entiendes?

El niño vuelve a asentir con la cabeza.

ALNADO:

Está bien, pues vamos allá. Érase una vez que se era...

Oscuro

13

PROYECCIÓN AUDIOVISUAL:

Pinturas medievales o de estilo anticuado, o quizás sombras chinescas, describen

la acción mediante la cual un caballero incrustado en su armadura y atravesado por su lanza, a caballo, clava ésta sobre un dragón cuya imagen varía según la imaginación de los artistas. Tras el dragón, una doncella aterrada siempre espera ser liberada.

VOZ EN OFF:

Cerca de la ciudad de Silca, perteneciente a la provincia de Libia, había un lago tan grande que parecía un mar. En dicho lago se ocultaba un dragón de tal fiereza y tan descomunal tamaño que tenía amedrentadas a las gentes de la comarca. Además, el monstruo era tan sumamente pestífero que el hedor que despedía llegaba hasta los muros de la ciudad y con él infectaba a cuantos trataban de acercarse a la orilla de aquellas aguas. Para su sustento, los habitantes de Silca arrojaban al dragón una oveja y una persona, porque si le faltaba el alimento iba en busca de él hasta la misma ciudad, pero llegó un momento en que casi todos los habitantes habían sido devorados por el dragón y la suerte recayó en la única hija del rey para ser la siguiente víctima. El rey, profundamente afligido, rogó a sus súbditos que su hija se salvara a cambio de oro y plata, pero éstos no lo aceptaron y obligaron a su soberano a consumir el sorteo. Vistió a la hija con ricas galas y se despidió de ella bañándola en lágrimas. La joven salió de la ciudad y lloraba mientras se dirigía hacia el lago, de donde el dragón ya levantaba la cabeza por encima de las aguas y nadaba hacia la orilla.

Casualmente, san Jorge encontró a la entristecida doncella y quiso saber el porqué de sus lágrimas. La muchacha le refirió su caso y cuando terminó su relato apareció el dragón tras un alcor.

- ¡Huye! Huye a toda prisa buen hombre, dijo la muchacha, pero Jorge, de un salto, se acomodó en su caballo y se santiguó encomendándose a Dios. Enristró su lanza y, haciéndola vibrar en el aire y espoleando a su cabalgadura, dirigióse hacia la bestia a toda carrera, y cuando la tuvo a su alcance, hundió en su cuerpo el arma y la hirió. Echó pie a tierra y dijo a la joven:

-Quítate el cinturón y sujeta con él al monstruo por el pescuezo. La joven

obedeció y amarró al dragón con su ceñidor. Jorge cogió el extremo del mismo y comenzó a caminar hacia la ciudad llevando tras de sí al monstruo como si fuera un perrillo faldero. El público, aterrorizado, comenzó a huir hacia los montes y collados dando gritos.

-¡No tengáis miedo! -gritó Jorge- ¡Ya veréis cómo mato a esta bestia en cuanto todos hayáis recibido el bautismo!. Rey y pueblo se convirtieron y fueron bautizados por Jorge quien, en presencia de la multitud, desenvainó su espada y con ella dio muerte al dragón, cuyo cuerpo, arrastrado por cuatro parejas de bueyes, fue sacado de la población y llevado hasta un campo muy extenso que había a considerable distancia.

14

Noche cerrada en la pocilga. CAÍN duerme junto al fuego. El VIEJO lo mira boquiabierto.

VIEJO:

Inaudito. Ha sido fulminante.

ALNADO:

Dame un poco de aguardiente, lo necesito.

VIEJO:

Jamás vi algo semejante. Se lo ha creído todo.

ALNADO:

¡Dame algo de beber te he dicho!

El VIEJO obedece. MARÍA aparece en la puerta y grita.

MARÍA:

¿Dónde está?

El VIEJO corre hacia ella y la obliga a hablar en voz baja.

VIEJO:

Vete, mujer. Aquí ya no hay esperanza.

MARÍA:

Mi hijo. Está aquí mi hijo.

VIEJO:

Vete, mujer. No atraigas sobre nosotros la perdición. Aquí ya no hay fe. Sólo hay certezas. Todo es real.

MARÍA:

El Máncer ha vuelto a encontrar el rastro del niño. Muy pronto sabrá dónde se esconde. Viene para matarlo.

VIEJO:

¿Cómo has sabido tú que el muchacho se esconde aquí?

MARÍA:

No lo sabía... lo esperaba.

VIEJO:

Todo el mundo se ha vuelto loco.

MARÍA:

Esta vez no lo perdonaré. Esta vez lo mataré.

CAÍN despierta y corre hacia su madre a quien abraza.

VIEJO:

No mujer, no pienses esas cosas. Es como si fuera su hijo.

CAÍN se revuelve contra el viejo.

CAÍN:

No es mi padre. Mi padre era un valiente, no necesitaba esbirros que le hicieran el trabajo sucio. Mi padre se enfrentaba a los villanos cara a cara.

VIEJO:

¿Conociste bien a tu padre?

CAÍN:

No, pero todo el mundo lo sabe. Todos lo dicen.

VIEJO:

¿Qué dicen de tu padre? Yo sé muy bien qué dicen de tu padre.

CAÍN:

Cállate, momia porcina.

VIEJO:

De tal palo...

CAÍN:

¡Calavera calva!

VIEJO:

Mocoso, ahora vas a saber lo que era tu padre.

El ALNADO coge su manta y la enrolla

ALNADO:

Si es verdad eso que dices, no podemos esperar más.

VIEJO:

¿Qué vas a hacer? ¿Se puede saber qué locura pretendes hacer? ¿Qué quiere decir eso de que no podemos esperar más?

ALNADO:

No podemos quedarnos aquí. El Máncer ya sabe que he escondido al muchacho, corre ciego en busca de satisfacción. viene a vengarse de todos.

VIEJO:

Es cierto... ¡Es cierto! Todo el mundo se ha vuelto loco. Nadie atiende a razones.

ALNADO se dirige al niño y le arroja al cuerpo una especie de macuto.

ALNADO:

Busca algo de comer y échalo ahí.

VIEJO:

¿Pero qué haces? ¿Dónde vas con una mujer y un niño? Os cogerán, os cogerán esta noche mismo y os matarán. No tienes nada que ver con esto. Nada te importa esta mujer.

ALNADO:

Y a ti, ¿qué te importo yo?

VIEJO:

Está bien... ¡Marchaos! No diré nada. No me importáis nada, no sois nadie para mí. Esos cerdos son mucho más importantes para mí que vosotros. Ellos sí que son importantes. Sus carnes, el tocino y la patatera... eso sí que es importante. Vosotros sólo sois unos espantapájaros. Largaos de aquí ahora mismo, salid de mi casa.

El ALNADO coge una manta y la mete en su zurrón. Sonríe al VIEJO y salen de la pocilga.

15

PROYECCIÓN AUDIOVISUAL.

La pocilga es devorada por enormes llamas. El fuego espanta a los cerdos, que dan vueltas alrededor del fuego asustados, aunque sin huir.

16

Al borde un pozo abierto en el suelo, el ALNADO tira de una cuerda tras la que pende un cubo lleno de agua. CAÍN observa la actuación subido al brocal espiando el fondo del abismo. El ALNADO saca el cubo del pozo y vuelca su contenido en un gran pellejo casi de su misma altura. CAÍN acude rápidamente a sostener el pellejo.

Aguantando el pulso, el ALNADO llena los pellejos sin derramar una gota. CAÍN lo observa.

CAÍN:

¿Qué decías el otro día?

ALNADO:

¿Qué día?

CAÍN:

¿Qué ibas a decir sobre mi padre?

ALNADO:

No iba a decir nada.

CAÍN:

Tú lo conociste, ¿verdad?

ALNADO:

Hace ya mucho tiempo.

CAÍN:

Pero lo recuerdas bien, tienes pinta de tener buena memoria.

ALNADO:

Yo no estaría tan seguro.

CAÍN:

¿Cómo era él? ¿Era valiente?

ALNADO:

No lo sé. En aquellos tiempos no había guerras ni peleas donde demostrar valentía. Eran tiempos de paz.

CAÍN:

Como ahora. Ahora estamos en paz.

ALNADO:

Hay paz, pero nosotros no estamos en paz, estamos en guerra.

CAÍN:

Estamos en guerra por culpa de mi padre.

ALNADO:

Lo único cierto es que ahora tú y yo somos soldados.

CAÍN:

Si viviera, mi padre sería un hombre justo, no permitiría que nadie pasara hambre y no azotaría a los niños.

ALNADO:

¿Quién te ha contado todas esas cosas?

CAÍN:

Mi madre, pero estoy seguro de que tú sabes muchas más cosas sobre mi padre. Seguro que fuisteis buenos amigos.

El ALNADO termina de llenar de agua el gran pellejo, cierra su boca y abandona el cubo en el fondo del pozo.

ALNADO:

Yo apenas conocí a tu padre. Tan sólo tuve ocasión de verlo un par de veces. En realidad lo conocí poco antes de su muerte.

CAÍN:

Lo mató el Máncer.

ALNADO:

Tienes un conocimiento exacto de los hechos.

CAÍN:

Sólo admito que me cuenten ese cuento antes de dormir. Sólo quiero que me cuenten el cuento de mi padre.

ALNADO:

Está bien, creo que sabes de tu padre mucho más que yo. Tan sólo puedo decirte una cosa. En toda mi vida conocí a nadie que fuera capaz de hacer lo que hizo tu padre, ni tan siquiera de pensarlo. Conocí a muchos a los que se le iba la fuerza por la boca soltando bravatas y amenazas. Los hay que son unos bocazas y no paran de hablar sobre la gente a la que han noqueado en una pelea, incluso hay otros que llevan muescas en su navaja por cada tío que se han cargado. Los he conocido fuertes y astutos, unos con autoridad, otros malvados, pero tu padre era diferente; hizo lo que nadie se atrevió a hacer. Tu padre fue un valiente... y por eso murió.

CAÍN:

Lo mataron. Por eso lo mataron.

ALNADO:

Sí, lo mataron.

CAÍN:

Yo también soy valiente.

ALNADO:

No. Tú aún tienes que crecer.

CAÍN:

Sí, pero cuando sea mayor seré valiente y mataré al asesino de mi padre. Mataré al Máncer.

ALNADO:

Lleva el agua a tu madre.

El niño se levanta y carga con el enorme pellejo a hombros.

CAÍN:

Te lo juro. Juro que le mataré y mataré también a todo el que intente impedir que lo mate.

17

Un grito horrible llama la atención del ALNADO. Más que un grito parece la entonación horrible de una extraña canción rural.

Amarrado de pies y manos, el cuerpo ensangrentado de un hombre está sujeto a dos varas verticales y paralelas clavadas en el suelo. El gran espacio que existe entre una y otra provoca que el cuerpo del hombre esté completamente estirado y sus brazos y piernas abiertas en cruz.

CADÁVER:

Por aquí pasó San Juan, yo no lo vi

Sarna en ti, salud en mí.

Sarna en una abuja

Salud p'al tío que empuja.

El ALNADO se acerca a él. Descuelga de su hombro una cantimplora y hace ademán de abrirla, pero el cadáver grita.

CADÁVER:

¡Alto ahí! No me toques

ALNADO:

¿Qué te ha ocurrido?

CADÁVER:

No te acerques. No me toques.

ALNADO:

¿Qué ha ocurrido?

CADÁVER:

Nada, no me ocurre nada... Ya no me ocurre nada.

ALNADO:

¿Quién ha sido? ¿Quiénes fueron los que te ataron así?

CADÁVER:

Unos... amigos...

El ALNADO cierra su cantimplora e intenta desatar al CADÁVER.

CADÁVER:

¿Qué haces, desgraciado? ¿Acaso me quieres matar otra vez? Estate quieto y déjame morir en paz... Déjame estar en paz...

ALNADO:

Tienes las manos congeladas.

El ALNADO toma el pulso del muerto y le mira a la cara para descubrir que el CADÁVER le está mirando y sonriendo a la vez. Canta.

CADÁVER:

La virgen de Guadalupe
es un poquito morena
y el niño que lleva en brazos
todo se parece a ella.

El ALNADO suelta la muñeca del CADÁVER y da un paso atrás.

ALNADO:

No tienes pulso.

CADÁVER:

Huye... Huye... A ti también te están buscando. Huye a toda prisa, van detrás de ti.

El ALNADO se incorpora da media vuelta en silencio

ALNADO:

Al que buscan es a ti. Al que odian es a ti.

El ALNADO sale de escena. El CADÁVER ríe mientras sangra.

CADÁVER:

Por aquí pasó san Juan yo no lo vi.

Sarna en ti, salud en mí.

18

PROYECCIÓN AUDIOVISUAL

Sobre un páramo desértico, el ALNADO, MARÍA y CAÍN, el niño, caminan dificultosamente, cansados, al pie de una carretera. El hombre mira, a veces, a su espalda esperando que aparezca algún coche.

Por fin, el sonido de un motor llama la atención del ALNADO, que alza su mano para hacer auto-stop. Un pequeño coche o furgoneta aparece en la carretera y frena para recoger a los peatones, que corren hasta llegar al automóvil y montan en él rápidamente.

19

Un cementerio abandonado. CAÍN duerme junto a la tapia revuelto en mantas.

Una alta y maltrecha cruz inclinada como la torre de Pisa recuerda que el ALNADO se halla sentado sobre lo que pudo ser una tumba. MARÍA se acerca a él y se sienta a su lado.

MARÍA:

¿No duermes? ¿No duermes nunca?

ALNADO:

Vigilo el valle.

MARÍA:

¿En qué piensas? ¿En qué piensas mientras vigilas?

ALNADO:

¿Ya se ha dormido?

MARÍA:

¿Por qué no descansas tú también?

ALNADO:

Ya es imposible.

MARÍA pone sus brazos sobre los hombros del ALNADO y comienza a darle un pequeño masaje.

MARÍA:

Deberías dormir un rato. Yo vigilaré en tu lugar.

ALNADO:

Tu puesto está durmiendo junto al niño.

MARÍA:

Quisiera agradecerte todo lo que haces, por ayudarnos, pero creo que... creo que podemos dividirnos el trabajo. Somos tres. No tienes por qué hacerlo tú todo.

ALNADO:

¿Y se puede saber qué es lo que puedes hacer tú? Aquel mocoso es mucho más útil que tú.

MARÍA se encoge de hombros y suelta al ALNADO.

MARÍA:

No soy ninguna tonta.

ALNADO:

Nadie ha dicho que seas tonta. Ya llevas tu parte.

MARÍA:

No quiero dejar nada a deber.

ALNADO:

No me debes nada.

MARÍA:

¿Por qué nos proteges? ¿A cambio de qué?

ALNADO:

No te he pedido nada.

MARÍA:

No te negaría nada.

ALNADO:

Será mejor que vuelvas con tu hijo.

MARÍA:

¿Por qué lo haces? Ni siquiera el viejo de los cerdos lo comprendía.

ALNADO:

Yo tampoco.

El niño murmura algo en sueños, por lo que la conversación se ve súbitamente interrumpida. MARÍA vigila su bulto en la distancia.

MARÍA:

Por él sería capaz de cualquier cosa.

ALNADO:

No debieras decir eso. Ni siquiera por él.

MARÍA:

Es mi hijo.

ALNADO:

Precisamente por eso.

MARÍA:

Quisiera que lo supieras... Es posible que no haya tiempo, que no tengamos tiempo y... quisiera agradecerte todo lo que haces por nosotros.

ALNADO:

Si no nos queda tiempo, nada merecerá la pena.

MARÍA:

Sólo podría amar a un hombre como tú.

ALNADO:

Hay que tener tiempo para eso.

MARÍA:

Ahora tenemos tiempo.

ALNADO:

Vuelve con él.

MARÍA:

No tardes mucho.

ALNADO:

Antes del alba aún me dará tiempo a dormir un rato. Ahora ve tú a dormir.

MARÍA se inclina ante el ALNADO y le da un beso en la boca. Se incorpora y mira fijamente al ALNADO.

MARÍA:

Quiero que sepas que puedes contar conmigo. No soy una inválida. Yo también estoy abrasada por este incendio.

ALNADO:

Ve a dormir.

MARÍA:

Quiera que supieras... Quisiera que supieras que me gustaría mucho que fueras tú quien me regalara un vestido blando. Eso es todo. Sólo quería que lo supieras.

MARÍA da media vuelta y se marcha en dirección a la tapia. El ALNADO se incorpora para ver cómo se aleja MARÍA y agarra una manta para tenderla en el suelo. Se quita la camisa y las botas. Su espalda está llena de grandes cicatrices que cubren toda la superficie de su piel.

En la oscuridad, a lo lejos, suenan los cuernos de caza del MÁNCER. El ALNADO se sube sobre la lápida y escruta la oscuridad.

20

Continúan sonando los cuernos. Encerrada tras una luna de cristal, a modo de escaparate, una prostituta canta mientras se corta las uñas de los pies.

PROSTITUTA:

¡Oh qué calle tan oscura! Llena de temor y miedo.

Quiero entrar y no me dejan.

Quiero salir y no puedo.

El ALNADO, cargado con un gran fardo, entra en escena apareciendo de la oscuridad.

PROSTITUTA:

¡Eh tú! ¡buen mozo! Escucha. Mira aquí, mira. Mira. Detente. No busques más, no encontrarás nada mejor en ninguna otra parte, no encontrarás nada que se me parezca ni en pintura, no encontrarás nada. Ya no hay nadie, ya nadie pasa por aquí. Pasa por detrás y abre, desde dentro no se puede, sólo se puede abrir desde fuera. ¿Qué llevas ahí? No pido mucho, ya verás cómo merece la pena, siempre hay algo de pena, pero la mayor pena me la llevo yo, la mayor parte de la pena, tú sólo darás algo material, muy poco, muy poco material. Muy poco. Pero ven, abre, no busques más, no hay nada mejor que yo. No hay nada. Nada más. ¡Buen mozo! ¡Mira! ¡Mira aquí!

ALNADO:

Sólo busco algo de comer.

PROSTITUTA:

Algo de comer. Cualquier cosa vale, te puedes llevar a la boca cualquier cosa. Algunas cosas no alimentan, pero engañan, engañan al hambre. Es difícil engañar al hambre, es difícil engañar. Es muy difícil, pero a la boca siempre puedes llevarte cualquier cosa.

ALNADO:

No camino sólo. Me acompañan una mujer y un niño.

PROSTITUTA:

Una mujer y un niño. Una mujer, un niño y un hombre. Una mujer y un hombre. Un niño. Un hombre, una mujer y un niño. Es una fórmula. Una fórmula como las de las matemáticas. ¿Tú has estudiado matemáticas? ¿Conoces lo que son las matemáticas? ¿Conoces fórmulas? ¿Has estudiado? Un hombre, una mujer y un niño. ¡Mira! ¡Mira aquí! Necesitas comer. Ellos también necesitan comer. Todo el mundo necesita comer. Pasa por detrás, sólo se puede abrir desde fuera. Algo

tendré para ellos, algo que llevarse a la boca. Pasa por detrás. Sólo se puede abrir desde fuera.

El ALNADO se acerca al escaparate y abre una portezuela. La PROSTITUTA lo mira desde dentro asustada. Arrinconada junto al cristal no puede escapar.

PROSTITUTA:

No me hagas daño. Te daré lo que quieras pero no me hagas daño. Por lo que más quieras, puedes hacer conmigo lo que quieras, te daré todo lo que tengo pero no me hagas daño.

ALNADO:

No pienso hacerte daño.

PROSTITUTA:

Ya lo sé, ninguno quiere hacerme daño, pero les gusta que se lo diga. Siempre les gusta oír suplicar a una mujer. Si la mujer no suplica o no se queja el hombre no goza. El hombre no goza, sólo paga. Lo tengo bien comprobado, los hombres son capitalistas. Sólo se les pone dura cuando pagan por follar o cuando oyen quejarse a las mujeres. El sexo de los hombres es tanto más grande cuanto más dinero tienen. Los hombres no gastan el dinero, lo queman. ¿No quieres oír cómo me quejo? ¿No quieres que te suplique?

ALNADO:

No tengo con qué pagarte.

PROSTITUTA:

Es verdad, no tienes ni para comer, no tienes ni para darle de comer a esas dos criaturas. Pobrecillas.

ALNADO:

Dijiste que podías darme algo.

PROSTITUTA:

¿Algo?

ALNADO:

Algo de comer.

PROSTITUTA:

Algo de comer. Algo de comer. Claro que sí. Acércate. Mira, ¡mira aquí! Seguro que tengo algo para comer. Yo no lo necesito. Yo guardo la línea y aquí dentro me conservo muy bien, pero ellos, ¡pobrecillos! seguro que están cansados, seguro que necesitan algo que llevarse a la boca, seguro que están reventados de tanto andar. ¿Por qué les obligas a andar? Los vas a matar.

ALNADO:

Si no caminan morirán igual.

PROSTITUTA:

Morir... Morir igual. De todas formas. En cualquier modo. Morir. Sí... eso es lo único seguro. Morir. Igual.

La PROSTITUTA mira fijamente al ALNADO, que se ha acercado al quicio de la puerta. La PROSTITUTA vuelve en sí y busca en un pequeño maletín de maquillaje que encuentra en el suelo.

PROSTITUTA:

Sí, creo que tengo algo, que tengo algo de comer. Sí, aquí está. Yo no lo necesito. Soy un pajarito. Tómallo.

La PROSTITUTA encuentra un pequeño pedazo de queso y se lo tiende al ALNADO, quien entra en el pequeño habitáculo y coge el queso. La PROSTITUTA se pone en pie y posa sus manos sobre los hombros del ALNADO.

PROSTITUTA:

Mira... Mira aquí. No encontrarás nada mejor que yo. No encontrarás nada.

ALNADO:

¿Por qué no huyes?

PROSTITUTA:

¿Huir?

ALNADO:

Sí, salir de este maldito lugar.

PROSTITUTA:

¿Huir? ¿Dónde iría?

ALNADO:

Donde tú quisieras.

PROSTITUTA:

En cualquier caso tendría que buscar comida. Aquí tengo todo lo que necesito.

Aquí se vive bien. No es un palacio pero no me falta de nada. Siempre tengo comida y no hace ni frío ni calor. ¿Dónde podría ir?

ALNADO:

A tu casa. A casa de tus padres.

PROSTITUTA:

¿Padres? ¿Casa? ¿No es esto una casa? ¿Quiénes son los padres? ¿Es eso otra fórmula? ¿Matemáticas?

ALNADO:

Quizás.

PROSTITUTA:

Corre, ve a darles de comer. Te estarán esperando, sus estómagos te están esperando. Los estómagos son impacientes. No quieren esperar. Pero cuídalos, cuídalos. Cuídalos bien.

ALNADO:

Lo haré.

PROSTITUTA:

Una mujer, un niño... Y tú eres un hombre. ¿verdad?

ALNADO:

Sí.

PROSTITUTA:

Cierra la puerta cuando salgas.

Vuelve el sonido de los cuernos de caza.

21

En la huída, junto a un río, CAÍN y el ALNADO beben directamente del río.

Cuando han saciado su sed se arrellanan en la ribera. El ALNADO coge entonces el

gran pellejo y lo llena de agua. Se levanta y se acerca a MARÍA, a quien le tiende el agua. MARÍA sonríe y bebe.

MARÍA:

Gracias.

Mientras tanto, CAÍN se quita la camisa y se lanza al regato para bañarse.

Después de beber, MARÍA devuelve el balde al ALNADO, quien se acerca al agua para llenarla de nuevo.

ALNADO:

Sal del agua. Tenemos que partir.

CAÍN:

Yo no pienso caminar más. Estoy reventado.

ALNADO:

De acuerdo. Aquí te quedarás.

CAÍN:

Tengo hambre.

ALNADO:

Aún no es hora de comer.

CAÍN:

Llevamos dos días sin comer ni cenar. Ni tan siquiera hemos desayunado. Apenas hemos comido las cortezas de un queso podrido que sólo Dios sabe dónde conseguiste. Estoy cansado y tengo hambre.

ALNADO:

Aún queda tiempo para la hora de comer.

CAÍN:

No puedes hacer eso. No puedes hacernos eso.

ALNADO:

Sí que puedo.

CAÍN:

No puedes. Te has hecho responsable de nosotros.

ALNADO:

Sólo soy responsable del que me obedece.

CAÍN:

¿Y si nos morimos de cansancio?

ALNADO:

Mala suerte.

CAÍN:

No podemos continuar. Tenemos que descansar. Mi madre casi no puede con su alma y yo soy aún un niño.

ALNADO:

En marcha.

CAÍN:

¿Me has oído? Yo soy un niño. No estoy obligado a seguir en tu guerra, no tengo por qué hacerte caso.

ALNADO:

Sal del agua.

CAÍN:

Eres un asesino. Peor que el Máncer.

ALNADO:

Se te va la fuerza por la lengua.

CAÍN:

No nos moveremos de aquí. No caminaremos más. No caminaremos hasta que no hayamos descansado. Hasta después de comer.

ALNADO:

Vámonos.

El ALNADO coge su petate y se pone en pie. Dificultosamente, MARÍA hace lo propio. CAÍN sale del agua y se dirige a su madre.

CAÍN:

¿Qué haces? ¿Dónde vas? ¿Haces caso antes a ese puerco que a tu hijo? ¿Quién es él? Es un extraño. No tiene nada que ver contigo ni conmigo.

MARÍA calla mientras recoge sus bultos. Caín se enfrenta al ALNADO.

CAÍN:

¿Quién te crees que eres? Tú no eres nadie. Eres un encontrado, un tropiezo en nuestra ruta. No eres quién.

El ALNADO lo mira fijamente, deja algún bulto en el suelo y, con la mano libre, aplica un sonoro bofetón en el rostro de CAÍN quien, estupefacto, mira a su madre. MARÍA carga sus bultos sin decir nada.

CAÍN:

Mi padre nunca hubiera hecho esto.

ALNADO:

Hay que proseguir el camino.

Sale. CAÍN se vuelve a su madre.

MARÍA:

Ya has oído.

CAÍN:

Es un desalmado.

MARÍA:

Él nos defiende.

CAÍN:

Pero es un desalmado. Es como el Encontrau.

MARÍA:

¿Qué sabes tú del Encontrau?

CAÍN:

Nada.

MARÍA:

Entonces vámonos.

MARÍA sale de escena cargada con su bultos.

22

PROYECCIÓN AUDIOVISUAL

Fuego en el monte. ALNADO conduce a madre e hijo por un sendero casi invisible por el humo. MARÍA se desmaya, el niño grita y el ALNADO vuelve atrás, se quita su pañuelo del cuello, lo moja con agua de su cantimplora casi vacía y lo aplica sobre la nariz y la boca de MARÍA, a quien debe tomar en brazos y proseguir la huída.

23

En una choza de pastores. El ALNADO arropa a MARÍA con una manta y mira fijamente al niño, que hace lo propio bajo una manta enorme.

ALNADO:

A partir de ahora dejarás ese nombre. A partir de ahora te llamarás Abel.

El niño asoma la cabeza por debajo de la manta.

CAÍN:

Yo no me llamo Abel. Mi nombre es Caín.

ALNADO:

No debes llamarte Caín.

CAÍN:

¡Qué sabrás tú de nombres! Yo me llamo Caín. Todos me llaman Caín y como todos me llaman así, mi nombre es Caín.

ALNADO:

A partir de ahora nadie te volverá a llamar por ese nombre. A partir de ahora te llamaremos Abel.

CAÍN:

Pues no contestaré, no haré caso. Si me llamáis por ese ridículo nombre no haré caso, porque ése no es mi nombre. Mi nombre es Caín. Caín. ¿Me has oído? ¡Caín!

ALNADO:

Sé que al principio te resultará algo extraño, pero ya te acostumbrarás.

CAÍN:

¡Caín! ¡Caín! Mi nombre es Caín. ¿verdad que sí, mamá?

MARÍA:

Tu nombre no es Caín.

CAÍN:

¿Cómo que no?

MARÍA:

Yo jamás te llamé por ese nombre.

CAÍN:

Éste no es mi padre, no tiene nada que ver conmigo. Me llamaré como yo quiera.

MARÍA:

Te llamarás Abel. Hasta ahora te llamaste Caín pero a partir de ahora te llamarás Abel.

CAÍN:

Tú también, madre. Tú también estás contra mí.

ALNADO:

Escucha un momento. Escucha una historia. Es la historia de Caín y Abel.

CAÍN:

Ya empiezas con tus cuentos.

ALNADO:

¿Conoces la historia de Caín y de Abel?

CAÍN:

No. Ya sabes que no conozco ninguna historia.

ALNADO:

¿Quieres conocerla?

CAÍN:

Desembucha.

ALNADO:

Érase una vez -en el principio de todos los tiempos- tan sólo existían dos hombres en la tierra: Caín y Abel. Abel era un buen hombre: justo y trabajador. Caín era su hermano, pero era egoísta y holgazán. No sólo era mucho peor que su

hermano, sino que además sentía envidia de él, una envidia que no lo dejaba en paz en ningún momento, de tal manera que, un día, no se pudo contener y mató a Abel, su hermano, golpeándolo con una quijada de burro. Al mirar sus manos ensangrentadas, Caín reconoció que su fechoría había sido movida por la envidia y que, sin saber por qué, no podría vivir tranquilo. Sus manos comenzaron a temblar y su vista se nubló a la vez que perdía la razón. Cuentan que su desasosiego le empujó a salir corriendo y atravesar el mundo entero sin parar hasta que llegó su muerte. Y ahora, ¿cómo prefieres llamarte?

CAÍN:

¿Quién cuenta esas cosas?

ALNADO:

Un libro.

CAÍN:

¿Un libro? Yo nunca había oído antes cosas semejantes. No he oído a nadie contar cosas semejantes. No he oído a nadie que diga que ha visto un libro.

ALNADO:

Ahora te lo cuento yo.

CAÍN:

No te creo.

ALNADO:

No tienes por qué creermme a mí. Cuando aprendas a leer lo comprobarás tú mismo. Todo viene en ese libro.

CAÍN:

¿Es verdad eso, mamá?

MARÍA:

Claro que es verdad.

CAÍN:

¿Tú lo habías oído antes?

MARÍA:

Sí, ya lo sabía.

CAÍN:

¿Por qué lo consentiste? ¿Por qué consentiste que me llamaran Caín? ¿Por qué no me contaste, al menos, la historia?

MARÍA:

No puedo contar cuentos.

CAÍN:

Por qué no me dijiste que Caín era el malo.

MARÍA:

Yo no puedo decir esas cosas.

CAÍN:

¿Por qué?

MARÍA:

No puedo.

CAÍN:

Pude haber muerto. Pude haberme vuelto loco.

MARÍA:

No, tú no.

CAÍN:

A partir de ahora me llamaré Abel

ALNADO:

Esas cosas hay que ganárselas día a día. Hasta ahora eres más Caín que Abel.

Tienes que ganarte el nombre. Tienes que merecer a Abel. A partir de ahora dormirás fuera. Coge tu manta y sal fuera. Enciende un fuego, procura calentarte y vigila si se acercan extraños.

MARÍA:

Hace frío afuera.

ALNADO:

Sí, lo hace, pero él ya es un valiente. ¿verdad Abel?

CAÍN:

Sí.

El niño coge sus bártulos y carga con ellos.

ALNADO:

Ya es todo un hombre.

CAÍN:

Adiós mamá.

MARÍA no contesta al hijo, se incorpora y abraza al ALNADO. El niño observa la escena y, sin decir nada, da media vuelta y sale de la choza.

MARÍA:

Ha pasado tanto tiempo... He sufrido tanto para encontrarte. Ha tenido que pasar tanto tiempo para poder ser tuya.

ALNADO:

Hasta hoy no hemos tenido tiempo, hemos matado las horas.

MARÍA:

Hemos matado el tiempo.

ALNADO:

Te quiero.

MARÍA:

Por fin. Por fin soy tuya.

El ALNADO coge su manta y abraza a MARÍA bajo ella mientras se besan apasionadamente.

24

Un árbol seco en medio del desierto. El niño se sitúa ante él. Al pie del árbol la piel de un ser humano se achicharra.

CAÍN:

Alto ahí. ¿Quién va?

La piel humana sonríe y responde. Es el VIEJO, de cuyo cuerpo sólo queda el hule de su pellejo grafiteado por incontables harapos, heridas y quemaduras.

VIEJO:

¡Cómo has crecido, Caín!

CAÍN:

Ya no me llamo Caín. Ahora me llamo Abel.

VIEJO:

¿A qué viene tanto cambio?

CAÍN:

Alguien va diciendo por ahí que la palabra Caín simboliza todo el mal del mundo y del infierno, y parece ser que es cierto.

VIEJO:

Aunque así fuera, Caín es un nombre que te va muy bien.

CAÍN:

¿Qué te ha ocurrido?

VIEJO:

Nada grave. Tomaba el sol. Oye, por casualidad, ¿no tendrás por ahí un poco de agua?

CAÍN:

La raciona el Alnado.

VIEJO:

¡Qué obediente te has vuelto desde que has cambiado de nombre!

CAÍN:

Supongo que si te estás muriendo de sed debería ayudarte, pero como aún no he leído el libro no sé muy bien qué hacer.

VIEJO:

¿Qué libro?

CAÍN:

El libro donde dice que me llamo Abel. Ese libro habla del bien y del mal y de lo que se debe hacer en los momentos oportunos.

VIEJO:

Pero si tú te llamas Caín.

CAÍN:

No, ya no.

VIEJO:

Hace calor.

El ALNADO entra en escena ayudando a MARÍA, que camina muy cansada ayudada de un cayado. Al ver al VIEJO, el ALNADO se acerca rápidamente a él, saca su cantimplora y deja beber al VIEJO unas gotas de agua.

VIEJO:

¿Sorprendido por la visita?

ALNADO:

¿Quién te ha maltratado de esa forma?

VIEJO:

Tu hermano... Destruyó las pocilgas, preguntó, me torturó, volvió a preguntar y a maltratarme, pero no dije nada, te lo juro, no salió ni una palabra de esta boca. Me dieron tormento, pero aguanté. Me reí de él, me reí en su propia cara. Ya no tengo carne donde me pueda hacer daño. Estoy seco como un árbol podrido, les gritaba y me reía. Me reía. Ya sólo sirvo para leña, les gritaba. Creo que les comí la moral y me dejaron allí, entre las ruinas y el barro. Pensaron que moriría, pero a mí las heridas ya no me hacen ningún mal, muchacho. Las heridas me alimentan y me cosen. No les dije nada. Nada de nada, pero él os sigue. Os sigue muy de cerca. Vine para avisaros.

ALNADO:

No debes permanecer aquí más tiempo. Hay que buscar agua. Tendremos que caminar aún mucho tiempo. Caminaremos durante varios días seguidos. Día y noche. Sin descansar. Hasta que pierdan la pista. Ellos tendrán que parar en algún momento, tendrán que descansar. Entonces mi hermano se sentirá agotado y volverá a casa para nunca más salir de allí. El odio no es tan fuerte como el miedo.

VIEJO:

Tu hermano está loco. Tú también estás loco.

ALNADO:

Habrá que curarte esas heridas.

VIEJO:

¿Qué heridas? Son arrugas. Manchas. A mi edad ya nada me hace ningún daño, ni siquiera la muerte. Estas heridas ya están secas. No tengo sangre ni para las heridas.

ALNADO:

Entonces levántate. Hay que salir de aquí.

El niño, que bebe junto a su madre se levanta como un relámpago y se encara con el ALNADO.

CAÍN:

¿Dónde coño quieres ir? Ahí tienes un viejo moribundo y ahí una mujer reventada. No pueden dar ni un sólo paso. Morirán si se levantan.

ALNADO:

Morirán si se quedan aquí.

CAÍN:

Está bien, está bien. Lárgate tú. Te liberamos de toda responsabilidad.

Moriremos antes de que llegue el Máncer. Tú puedes largarte, a ti no te pasará nada, a ti no te persigue.

ALNADO:

¿Tú crees?

CAÍN:

Llevamos dando vueltas un siglo. No vamos a ninguna parte.

VIEJO:

Déjanos, al fin y al cabo es tu hermano.

ALNADO:

Precisamente por eso.

CAÍN:

¿Es que no tienes ojos en la cara? ¿Es que no ves lo que sucede? ¿No ves a esa mujer? ¿No ves a ese viejo? ¿Es que no tienes piedad?

El ALNADO abofetea al niño, que se queda mudo mirando con rabia al ALNADO. Como si fuera un gato, saca de su pantalón una navaja y se encara con el ALNADO. MARÍA se levanta a trompicones ayudada por su cayado y comienza a caminar. CAÍN la observa extrañado. El ALNADO recoge sus cosas y levanta al VIEJO.

ALNADO:

Ayúdame con el viejo.

25

El VIEJO y CAÍN en el suelo. Al fondo una choza. Todos parecen estar repuestos de sus dolencias.

VIEJO:

¿A qué se debe esta jerarquía?

CAÍN:

¿Qué te importa, viejo cotilla? Te han dicho que salgas fuera y sales fuera.

Obedeces y punto.

VIEJO:

A mí esto me huele muy mal. Yo creo que aquí hay tomate.

CAÍN:

Cierra el pico.

VIEJO:

¿Tú qué eres? ¿La dueña protectora o la carabina?

CAÍN:

Yo soy Abel. El bueno de la historia.

VIEJO:

Historias, historias. No me confundas con tantas historias.

CAÍN:

No es una historia, es un cuento. Si supieras leer lo encontrarías en el libro.

VIEJO:

Un libro. ¿Qué libro?

CAÍN:

Pues en el libro. ¿Es que acaso hay más de un libro?

VIEJO:

¡Yo qué sé! No sé nada de libros.

Se oyen ruidos en la choza.

VIEJO:

Escucha. Se lo están pasando en grande. Ya lo creo. Nosotros aquí pasando frío y ellos ahí... disfrutando.

CAÍN:

Nadie te mandó llamar. Viniste porque quisiste.

VIEJO:

Vine a salvaros y me lo pagáis así, durmiendo a la intemperie, como si fuese un vulgar mendigo.

CAÍN:

Mendigo o porquero ¿qué diferencia hay?

VIEJO:

Mucha. Por ejemplo, yo nunca dormí al raso.

CAÍN:

De todas formas ya no tienes cochinera que te valga.

VIEJO:

Por culpa vuestra.

CAÍN:

Si hubieras cantado no estarías así.

VIEJO:

Lo que hay que oír. Me convierto en mártir por vosotros y no me hacéis ni caso. Todos los días se aprende algo, ha sido buena la lección. He de daros las gracias. Y esos... Ésos ya han callado. ¡Qué rapidez! Aunque dicen que los más rápidos son los peores. Auguran una noche de estrellas fugaces. Fulgurantes, luminosas y ruidosas.

CAÍN:

Cállate. No me dejas dormir.

VIEJO:

A mí tampoco me dejan.

CAÍN:

Las estrellas fugaces no hacen ruido.

VIEJO:

¿Ah no?

Suena el cuerno. El niño y el viejo se incorporan. El ALNADO sale de la choza y observa el horizonte. El cuerno vuelve a sonar. El ALNADO vuelve a entrar en la choza.

VIEJO:

Esos cuernos. ¿Qué son esos cuernos?

26

PROYECCIÓN AUDIOVISUAL

En una noche de raso, múltiples estrellas fugaces iluminan con sus líneas el punteado tapiz del cielo oscuro.

El sonido de los cuernos acompaña a las estrellas en sus movimientos rápidos y efímeros.

27

El ALNADO se viste ante la mirada del VIEJO y el niño. Abrocha su cinturón y saca con cuidado de su macuto un reluciente puñal.

VIEJO:

Mejor hubiera sido ocultarnos por algún tiempo. Coger un barco y bajar al sur.

ALNADO:

Iré al muelle.

VIEJO:

Los barcos salen todos los días. Es mejor esperar a otro día, no dejarse ver.

Marchémonos de aquí.

HIJO:

Hay que encontrarle.

VIEJO:

¿Por qué? ¿Por ella? No hace mucho tiempo que la conoces. No sabes nada de ella, y de las mujeres no puede uno fiarse. Sólo sirven para meterle a uno en problemas. Las mujeres son una maldición, una fatalidad.

ALNADO:

¿Por qué te fías tú de mí?

VIEJO:

Amigo mío, tú no lo puedes ocultar. Eras el hijo predilecto de tu padre, y lo dejaste. Fue muy duro para él que partieras, pero estabas marcado, tenías que sufrir para poder saborear ese gusto amargo que tiene la vida. Tu padre lo sabía, sólo tú podrías engullir ese trago. Sólo tú serías capaz de paladear ese gusto agrio.

ALNADO:

¿Cómo sabes todo eso?

VIEJO:

La he visto. He visto esa espalda trazada por llagas.

ALNADO:

¿Se puede saber cuándo viste mi espalda?

VIEJO:

Sería sufrir demasiado por un mujer vulgar y un niño echado a perder. Demasiado dolor para nada.

El ALNADO guarda su cuchillo bajo su cinturón. El niño se pone de pie.

NIÑO:

Yo voy contigo.

ALNADO:

No, tú te quedas. Alguien debe cuidar de ella y del viejo.

VIEJO:

Olvídate de mí. Yo ya me ocupo de mí mismo. No acepto que un mocoso cuide de

mí. Sería lo último.

NIÑO:

Yo también tengo una cuenta pendiente con el Máncer.

ALNADO:

Tú todavía no tienes cuentas pendientes.

NIÑO:

Él me cambió el nombre y ha de pagar.

ALNADO:

Pagará.

NIÑO:

He de ser yo.

ALNADO:

No puede ser.

NIÑO:

¿Por qué no puede ser? ¿Vas a ser tú quien me lo impida?

ALNADO:

Sí.

NIÑO:

¿Cómo?

El ALNADO descarga un fuerte puñetazo sobre el niño que lo deja tendido sin sentido en el suelo.

VIEJO:

Has podido matarlo.

ALNADO:

Ocúpate de él, pero primero átaló.

VIEJO:

¿Crees que le tengo miedo a este niñato?

ALNADO:

Hazme caso.

VIEJO:

Le has dejado sin dientes de leche.

ALNADO:

Si mañana no he vuelto, encárgate de que cojan un barco y se vayan lejos de aquí.

VIEJO:

¿Un barco? ¿Hacia dónde?

ALNADO:

Lejos... Al sur.

VIEJO:

Maldita sea, salgamos de aquí. No quiero volver a verle la cara a tu hermano.

ALNADO:

Tengo un asunto pendiente. Tengo que recuperar una carta.

VIEJO:

Un pedazo de papel. Un maldito pedazo de papel.

ALNADO:

Es algo que más que un pedazo de papel.

VIEJO:

¿Es un libro?

ALNADO:

Quizás.

El ALNADO coge su macuto y sale de escena.

28

Una ciudad móvil. Los edificios derruidos no pueden albergar los muebles y enseres que, a modo de tabiques, puertas y ventanas fabrican supuestas viviendas en medio de la calle. Una motocicleta atraviesa el escenario a toda velocidad para dar un par de vueltas antes de salir de escena. El ALNADO se acerca hasta un armario y se sienta a su lado. La moto vuelve a pasar. El ALNADO echa un trago de su cantimplora. Inmediatamente, el MÁNCER aparece acompañado de dos motoristas por entre armarios, cómodas y espejos.

MÁNCER:

Por fin apareces.

ALNADO:

¿Acaso me buscabas?

MÁNCER:

No exactamente.

ALNADO:

¿Qué significa no buscar exactamente a alguien?

MÁNCER:

Sabes muy bien lo que significa.

ALNADO:

Sí, lo sé, aunque no exactamente.

MÁNCER:

Ya está bien. Sabes que contra ti no tengo nada. ¿Dónde está el muchacho?

ALNADO:

Donde debe estar. Con su madre.

MÁNCER:

Déjate de cuentos. No haces más que perder el tiempo. Tú no tienes ninguna responsabilidad, nada de todo esto es asunto tuyo.

ALNADO:

Yo creía que sí lo era y que por eso me buscabas, aunque no me buscaras exactamente.

MÁNCER:

¿Qué quieres de mí? ¿Por qué me haces esto? Yo no tengo la culpa. Tú fuiste el que se largó de casa y lo gastó todo. Yo no tengo culpa de nada.

ALNADO:

La culpa la tengo yo.

MÁNCER:

Ése muchacho no es hijo tuyo. No tienes ningún lazo con él.

ALNADO:

¿Y tú?

MÁNCER:

Yo sí lo tengo. Tengo un lazo con mi padre y a la vez lo tengo con mi hijo. No fue cosa mía que tú abandonaras la casa. Él te quería, pero tú le despreciaste. Desapareciste sin decir nada, sin pensar lo que él sufriría. Él te quería. Eras su hijo.

ALNADO:

¿Quién lo mató?

MÁNCER:

Sabes bien que no lo mató nadie.

ALNADO:

¿Quién lo denunció? ¿Quién escurrió el bulto? ¿Quién se encogió de hombros cuando le prendieron?

MÁNCER:

¿Qué insinúas?

ALNADO:

¿Qué ocurrió después de la guerra?

MÁNCER:

Es muy grave eso que dices.

ALNADO:

¿Te das cuenta? ¿Ves cómo sí me buscabas?

MÁNCER:

Cuando apareciste... pensé que habías muerto... Fue como ver un fantasma, un muerto levantarse de la tumba.

ALNADO:

No mientes.

MÁNCER:

Me había hecho a la idea de vivir solo, no recordaba ningún hermano, ningún familiar, sólo él, el padre. Cuando supe de ti la tierra tembló bajo mis pies, me sentí inseguro, desplazado... ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué volviste?

ALNADO:

Volví para pedir perdón. ¿Has venido tú también para pedir perdón?

MÁNCER:

No tengo que pedir perdón a nadie y mucho menos a ti. ¿Acaso te has vuelto mi hermano mayor?

ALNADO:

Tú lo dices.

MÁNCER:

Devuélveme lo que es mío. Devuelve lo que me pertenece.

ALNADO:

¿Qué es lo tuyo? ¿Qué es eso que pertenece?

MÁNCER:

Devuélveme a mi mujer y mi hijo.

ALNADO:

Ven a por ellos.

El ALNADO se levanta y deja caer la cantimplora. En su mano sostiene una navaja.

MÁNCER:

¿Estás loco? Podríamos acabar contigo en un segundo. ¿Buscas la muerte?

ALNADO:

No exactamente.

MÁNCER:

Date la vuelta. Vuelve al lugar de donde vienes.

ALNADO:

Ante la muerte no hay camino de vuelta.

MÁNCER:

Guarda eso. No quiero mancharme con sangre de mi sangre.

ALNADO:

Vuelve tú por donde has venido.

MÁNCER:

Eso también es imposible. He venido a dejar limpio mi nombre.

ALNADO:

Entonces es imposible que no se derrame sangre.

El ALNADO avanza hacia el MÁNCER, quien retrocede tras los motoristas que intentan salvar la vida de su amo, pero el ALNADO esquivo las motos dando un gran salto de un armario a otro.

ALNADO:

No me lo pongas más duro. Defiéndete.

MÁNCER:

Hago lo que puedo.

El MÁNCER huye por los armarios disparando con un revólver. El ALNADO se parapeta entre los muebles hasta que el revólver se queda sin balas. Los motoristas corren tras el ALNADO, pero éste llega junto a su hermano y lo raja de arriba abajo de un solo navajazo. El MÁNCER mira sus manos cubiertas de sangre. Se arrodilla.

MÁNCER:

¿Qué ganas? ¿Qué ganas con todo esto?

ALNADO:

El infierno, que yo sepa.

El MÁNCER cae al suelo. El ALNADO arroja su navaja sobre el cuerpo de su hermano. Los motoristas llegan junto al cuerpo y hacen sonar los cuernos de caza.

29

PROYECCIÓN AUDIOVISUAL

Grandes llamas, como si pertenecieran a un inmenso incendio, a un incendio total, cubren la pantalla. La cubren por completo.

30

El ALNADO aparece en escena gritando. Busca entre los armarios y muebles de escena. A duras penas le sigue el VIEJO.

ALNADO:

¡Abel! ¡Abel! ¡Abel!

VIEJO:

¡Muchacho! Di algo. Habla.

ALNADO:

Te dije que lo ataras.

VIEJO:

No soy ningún carcelero.

ALNADO:

Pero te dije que lo ataras. ¡Abel! ¡Abel! ¡Abel!

VIEJO:

Maldita sea. No contestará por ese nombre.

ALNADO:

¡Abel! ¡Abel! ¡Abel!

VIEJO:

Te digo que no contestará por ese nombre. Nadie nunca lo llamó así. El pobre no sabe ni cómo se llama.

ALNADO:

¡Abel! ¡Abel! ¡Abel!

VIEJO:

Es imposible. Ni atado hubiera aprendido su nombre.

ALNADO:

¡Abel! ¡Abel! ¡Abel!

La puerta de un armario se abre lentamente y aparece el niño. El ALNADO lo descubre y avanza hacia él. Lo zarandea y lo arrastra por el escenario, lo levanta del suelo bruscamente pero, al fin, lo recoge entre sus brazos y lo alza.

ALNADO:

Vamos a casa. Tu madre nos espera. Abel.

VIEJO:

Vamos a casa. A casa. ¡Qué extraña palabra! ¡Qué extraño objeto!

31

Amanece. El ALNADO y MARÍA flanquean al niño frente a una tumba. MARÍA viste un precioso traje blanco ajustado por un negro ceñidor. Las PROSTITUTAS y algún pobre hombre rodean la tierra removida. El VIEJO coloca una cruz de madera en la cabecera de la tumba.

Las PROSTITUTAS cantan.

PROSTITUTAS:

¡Oh qué calle tan oscura! Llena de temor y miedo.

Quiero entrar y no me dejan. Quiero salir y no puedo.

El VIEJO termina la colocación de la cruz en medio del silencio.

PROSTITUTA 1:

Ya van quedando menos hombres en este mundo.

PROSTITUTA 2:

No, ya no es éste buen lugar para mujeres. Las mujeres necesitamos otra cosa muy diferente a la basura. Necesitamos hombres, hombres que limpien y recojan la basura.

PROSTITUTA 1:

Da pena ver cómo acaba la belleza. Ya no hay lugar para la belleza en esta pocilga. Sólo quedamos las viejas, las feas y las cerdas.

PROSTITUTA 2:

Yo ya no me acuerdo de cuando fui bella.

PROSTITUTA 1:

Y cada vez quedan menos hombres.

VIEJO:

¿Queréis dejar de cacarear de una maldita vez? Estamos en un entierro.

PROSTITUTA 1:

Bien sabemos que esto es un entierro y lo que hay ahí debajo es un fiambre. Bien que lo sabemos y lo lamentamos. Bien que lo sabemos.

PROSTITUTA 2:

Lo que tienes que hacer es darte prisa. No tenemos todo el tiempo del mundo.

PROSTITUTA 1:

Sí, por las mañanas estamos muy solicitadas. La gente se despierta y cree que los sueños se pueden hacer realidad. Es una hora romántica.

PROSTITUTA 2:

Ilusos.

PROSTITUTA 1:

Ya no hay hombres, sólo ilusos.

VIEJO:

Basta ya. Basta. Callaos. Un poco de silencio, un poco de respeto.

Las prostitutas callan, el VIEJO recompone sus harapos y da un paso al frente.

VIEJO:

Hemos venido aquí para dar el adiós definitivo a una persona que dejó de serlo. Quizás hubiéramos podido llegar a intimar más. Quizás hayamos perdido oportunidades para haber llegado a sentirnos amigos, pero no es éste momento para lamentos, sino para agradecimientos. Habíamos olvidado muchas cosas, aunque alguna de ellas era fundamental. Olvidamos que, por encima de todas las cosas, los hombres no somos cerdos y que inventamos la dignidad. Y la dignidad es algo que, curiosamente, aparece siempre acompañada por la generosidad. Aunque el alma de esta persona que hoy despedimos ni siquiera estaba salpicada por la generosidad, hemos de darle las gracias porque nos ha devuelto a nosotros la dignidad. La dignidad de congregarnos en este lugar y en este momento. Ha sido él el que nos ha dado la oportunidad de asistir a una inhumación. Gracias, gracias por tu generosidad. Y también gracias por todo lo que hemos aprendido. Gracias aunque nunca llegamos a ser amigos. Sólo conocidos.

El niño mira al ALNADO, quien asiente con la cabeza. El niño, entonces, arroja un ramo de flores sobre la tumba.

VIEJO:

Eso es todo. En el nombre del padre, del hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Todos se persignan menos el niño, que los mira extrañado. El ALNADO coge entonces la mano muerta del niño y lo persigna.

VIEJO:

Está bien, volvamos a casa.

PROSTITUTA 1:

Sí, a casa.

PROSTITUTA 2:

Adiós María.

PROSTITUTA 1:

Bonito vestido.

MARÍA:

Adiós.

Las PROSTITUTAS salen. El viento arrecia. Todos se abrigan. María rodea una bufanda en el cuello del niño y toma la mano de su hijo. Ante la tumba del MÁNCER entona de nuevo su canción.

MARÍA:

En un recodo de tu senda está mi hogar
donde mi amada con dulcísima emoción
dice a la vida la belleza que la indulta
con las palabras que modula en su canción.
Senda florida que jamás olvidaré-
¡Bendita senda donde mis dichas viví!

32

PROYECCIÓN AUDIOVISUAL

En un gran almacén, colgados del techo, se curan miles de jamones, chorizos y restos de matanza.

33

El ALNADO, sentado sobre una piedra, apoya el peso de su cuerpo avejentado y adormilado en un gran cayado. ABEL, ya todo un joven, aparece en escena detrás del ALNADO. Los cerdos goznan entre las encinas.

ABEL:

Padre.

El ALNADO despierta y mira al joven.

ALNADO:

¿Qué quieres, Abel?

ABEL:

Quiero mi parte. Quiero el dinero de la herencia.

ALNADO:

¿Para qué lo quieres?

ABEL:

Quiero salir de aquí, quiero salir al mundo.

ALNADO:

Estás en el mundo.

ABEL:

Estoy encerrado en esta parte del mundo.

ALNADO:

Eres afortunado.

ABEL:

No lo soporto más, quiero salir de aquí. Ya nada me retiene aquí.

ALNADO:

Aquí tienes tu casa. Tu familia.

ABEL:

Padre. Ya nada me retiene aquí. Nunca te he amado, tan sólo, algunas veces, te he odiado.

ALNADO:

Con eso me basta. Pero tu madre...

CAÍN:

No le des más vueltas.

ALNADO:

Será un disgusto para ella.

CAÍN:

Ella te tiene a ti. Y, sin embargo, ahí fuera continúa la guerra.

ALNADO:

La guerra nunca acaba.

CAÍN:

Adiós, padre.

ALNADO:

Adiós, hijo.

ABEL da media vuelta y sale.

34

PROYECCIÓN AUDIOVISUAL

Al atardecer, la sombra de ABEL se aleja por un camino de montaña mientras silba la misma canción que entonaba el ALNADO al principio de la obra.

FIN

Luis Miguel González Cruz. Correo electrónico: luismiguelgcruz@hotmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Marzo 2006

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar